



Publicado por:

NovaCasa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2020, Ingrid V. Herrera

© 2020, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Silvia Vallespín

Noelia Navarro

Portada

Vasco Lopes

H. Kramer

Maquetación

Daniela Alcalá

H. Kramer

Corrección

Naiara Philpotts

Impresión

PodiPrint

Primera edición: marzo de 2020

Depósito Legal: B 3653-2020

ISBN: 978-84-17589-48-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)


INGRID V. HERRERA

*Te quiero,
pero voy a
matarte*



Nova Casa Editorial





*A mis lectores, por empezar
a bañar a sus gatos,
porque esperan convertirlos
en humanos*





Índice

Introducción 9

CAPÍTULO 1

Héroe 13

CAPÍTULO 2

Eres una de ellos 37

CAPÍTULO 3

El dios del rock 57

CAPÍTULO 4

La princesa vagabunda 71

CAPÍTULO 5

Un monstruo 93

CAPÍTULO 6

Genial, más parientes 127

CAPÍTULO 7

No se muerde la mano que te da de comer 153

CAPÍTULO 8

Sin hogar 175

CAPÍTULO 9

Perseguida 201

CAPÍTULO 10

*C*autiverio **217**

CAPÍTULO 11

*C*uando ahogarse es la solución **251**

CAPÍTULO 12

*L*a damisela en peligro **265**

CAPÍTULO 13

*O*jo por ojo **287**

CAPÍTULO 14

*E*l refugio **307**

CAPÍTULO 15

*S*ebastian **325**

CAPÍTULO 16

*S*ecretos de familia **339**

CAPÍTULO 17

*H*ogar, dulce hogar **355**

CAPÍTULO 18

*I*ncertidumbre **371**

*E*pílogo **387**

EXTRA

*E*special de Halloween **399**

*A*gradecimientos **445**



Introducción

Tenía hambre de oso, hambre que hacía que sus tripas rugieran con salvajismo.

Allan Lambert se levantó de la cama, abrió la puerta de su habitación y, tras él, dejó el desorden adolescente en su máxima expresión. Con la mínima elegancia posible, arrastró sus pies descalzos por el pasillo, mientras, bostezaba de forma ruidosa y se rascaba el vello arremolinado en la periferia de su ombligo.

—Eh, Jamie, baja de ahí —le dijo a su hermano pequeño que estaba saltando sobre el sofá de la sala. Tenía una sábana amarrada alrededor de su cuello como si fuera una capa de superhéroe, empuñaba una espada de cartón y lucía una corona de las que regalaban en Burger King, que le quedaba grande y estaba chueca sobre su cabeza.

El niño lo ignoró de manera deliberada y siguió dando gritos de guerra: luchaba a espadazos contra un dragón invisible.

Allan abrió casi desesperado el refrigerador y escrutó el interior, esperanzado.

Vaya, la verdad es que hasta los vagabundos podrían encontrar más comida en un basurero que ahí dentro. Todo lo que sus ojos veían era una solitaria caja de leche a medio acabar y una envoltura, arrugada y vacía, de queso.

—Diablos —masculló cuando su estómago notó el precario estado de la despensa—. Jamie, ¿dónde está mamá? —gritó por encima del ruido del televisor y sacó la cabeza del refrigerador.





—Salió —le contestó el niño sin dejar de brincar como una cabra loca—, pero dijo que me dieras diez libras y me llevaras al zoológico.

—Buen intento.

Jamie estalló en carcajadas y Allan se resignó a tomarse la leche desde el envase, de todas formas, su madre no estaba ahí para reprenderlo por actuar como un cerdo.

—Noticia de último minuto —anunció la voz neutra del conductor del noticiero. Allan nunca veía las noticias, así que se limitó a rascarse la pantorrilla izquierda con la uña del pie derecho. Maldición, ¿por qué todo le picaba en la mañana?—. Se ha reportado una pantera. Está vagando por los alrededores de West Harrow —informó con tono formal y en el inferior de la pantalla apareció un pequeño recuadro de Google Maps que señalaba la zona—. Vecinos del lugar avisaron a las autoridades para...

Allan expulsó la leche por la nariz sin poder evitar la sorpresa y estiró el cuello para visualizar el televisor. Repentinamente en alerta, fue hasta la sala y se limpió la cara con la manga de su pijama. Se dejó caer el sofá con la vista fija en el televisor. A su lado, Jamie no dejaba de saltar y Allan hizo un gesto vago con la mano para que se calmara.

—Nos enlazamos con nuestro corresponsal, Peter Belmont, para el reporte completo.

De pronto, la imagen cambió del estudio a un hombre que vestía un impermeable amarillo y tenía un micrófono en la mano. A su espalda se podía ver parte de la calle principal de West Harrow bloqueada por camionetas y oficiales de la Sociedad Protectora de Animales que rondaban y tomaban fotografías como si fuera la escena de un crimen.

—Muy buenos días. Así es, Erick, como podemos observar, el personal de la Sociedad Protectora de Animales se encuentra ya resguardando a este ejemplar de pantera para examinarlo y posteriormente ponerlo a disposición del zoológico de Londres ya que... —El hombre siguió gesticulando, pero no decía nada. La barra de volumen se encogía en la parte inferior de la pantalla.





—¡Jamie, pisaste el control remoto! —Trató de rescatar el aparato que había caído entre los cojines arrugados y presionó el botón del volumen tan rápido que, sin darse cuenta, cambió de canal.

—Maldición.

—¡No, déjalo ahí! —rogó Jamie y le sacudió el hombro con sus rollizas manos—. ¡Estaba *Bob Esponja!*

—Al diablo con Bob Espuma, Jamie. Siéntate, cállate y déjame ver...

Allan contuvo la respiración cuando el reportero se hizo a un lado para continuar con la descripción del incidente: la cámara enfocó a cinco hombres fornidos que levantaban al lánguido animal cubierto con una manta. Estaba sedado y vio cómo lo metían en la parte trasera de una enorme jaula que sería jalada por un vehículo de la Sociedad Protectora de Animales.

Las imágenes se remplazaron por la grabación previa a su captura. El enorme felino negro agazapado, desorientado entre los autos. La gente que estaba en las aceras gritaba, palidecía, se empujaba, perdía el control: algunos soltaron sus paraguas y salieron corriendo como si olvidaran la lluvia torrencial que caía sobre sus cabezas.

Un caos.

—... hasta el momento se desconoce el origen de su procedencia, pero se presume que ha salido del bosque. —La pantera saltó sobre el cofre de un auto. El conductor, aterrado, enloqueció y presionó la bocina con insistencia. Solo alteró más al animal y logró que rugiera con fuerza y diera zarpazos letales contra el parabrisas.

Allan arrastró el trasero al filo del asiento, mientras, veía cómo la policía acordonaba el lugar. Observó cómo un hombre uniformado le disparaba al felino un dardo tranquilizante en el cuello. El animal rugió, dio vueltas sobre sí, se revolvió atontado, bajó a trompicones del auto y, finalmente, cayó. Su cabeza rebotó contra un charco y sus patas se extendieron hacia adelante. La lluvia resbaló sobre su pelaje negro noche y lo hizo brillar.

El reportero volvió a aparecer en pantalla.



—Hasta aquí la información, regreso cámaras y micrófonos al estudio.

Allan apagó la televisión y se quedó con la mirada ausente, fija en el vacío, como si le estuviera dando vueltas a un asunto.

—Mierda —masculló al fin.

—¡Mierda! —repitió Jamie y levantó los brazos sobre su cabeza como si hubiera dicho «¡helado!», en vez de una palabrota.

—¡Jamie, cállate! —Arrastró al niño hasta su regazo y le tapó la boca.

—¡No, suéltame! —suplicó entre carcajadas.

—No dirás más palabrotas.

—Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda.

—De acuerdo. —Dejó a su hermano en paz y se levantó—. Te daré cinco segundos de ventaja para que corras, prepárate para sufrir.

Jamie sabía a lo que se enfrentaba. Su hermano era un maestro en lograr que se hiciera pis en los pantalones gracias a las cosquillas que le haría si no corría. Debía hacerlo por el bien de sus calzoncillos de *Bob Esponja*, ¡estaban recién salidos de la lavandería!

Jamie pegó un grito por anticipado, se dio media vuelta y salió disparado hacia el pasillo. Allan se aplaudió en su interior por haberse deshecho de esa pulga tan fácil.

Se acercó a la ventana y se abrió paso entre las cortinas. Recargó una mano en el cristal: del otro lado las gotas de lluvia trataban de tocarlo, rápidas y gordas. Cerró los ojos. Una agradable sensación de irrealidad lo golpeó y las imágenes de la pantera rebobinaron en su mente.

Muy dentro de él lo sabía.

Sabía que Reby había vuelto.





CAPÍTULO 1

Héroe

Michael Blackmoore amaba su trabajo.
Y era en serio.

Su parte favorita era el contacto directo con la naturaleza, el aire fresco, los animales, las plantas y, sobre todo, la paga. ¡Oh, la paga era asombrosa! Tan asombrosa que podía permitirse rentar un pequeño departamento cerca de Notting Hill y mantener a un perro mestizo que había recogido en la calle. Aunque, Pimienta, una extraña cruce de labrador y algo que se parecía a un gato egipcio por su escaso pelo, nunca le agradecía su solidaridad.

Para él, el zoológico de Londres era un lugar estupendo para trabajar. ¡Yupi! Excepto por un pequeñísimo y minúsculo detalle: la mierda. Hizo una mueca muy a su pesar, sacó una carretilla y una pala del depósito, y pensó en las toneladas enteras de la appestosa popó salvaje que tendría que recoger, toda rodeada de moscas muertas de hambre.

—¡Eh, Mike!

—¿Qué hay, Jake? —le devolvió el saludo a su compañero con una sonrisa de lo más radiante.

En cuanto se volteó, continuó empujando la carretilla y su sonrisa se desvaneció de golpe. Había llovido tan fuerte en las últimas horas que seguramente lo que recogería sería un caldo de lo más aguado.

Como era uno de los que tenía que hacer la limpieza, debía recorrer quince hectáreas de terreno, recoger los «pastelitos» de más de dieciséis mil especies diferentes y regresar a guardar todo.

No olía precisamente a Hugo Boss.

Ya había experimentado de todo. El primer día, los simios treparon a los árboles y le arrojaron el estiércol, que se suponía debía recoger, en la espalda, mientras, gritaban y saltaban en son de burla; una alpaca le escupió una baba viscosa llena de porquería en la cara y, más tarde, resbaló con una hoja y cayó sobre el excremento cremoso de los elefantes.

Oh, sí. Fue revitalizante.

Para Michael, había mierda de muchos tipos, unas eran más asquerosas que las otras. Verdes o cafés, grandes o pequeñas, duras o caldosas, apestosas o superextraapestosas.

Se detuvo frente a la entrada exclusiva para el personal del recinto de cristal de los periquitos australianos y tomó el pesado llavero con más de treinta llaves diferentes que colgaba de su grueso cinturón de cuero. Allí tenía compartimentos en dónde guardaba un desodorante, un arma del tamaño de un revólver cargada con dardos tranquilizantes —por si acaso—, comida para arrojar a animales pequeños y esa clase de cosas.

En cuanto abrió la puerta metálica, una treintena de periquitos de diferentes colores se despertó y comenzó a revolotear sobre su cabeza. Michael sonrió y frunció los labios para silbar una canción. Los periquitos le respondieron y, poco a poco, se tranquilizaron y se posaron en las ramas de los troncos artificiales. Aprovechó y comenzó a limpiar el excremento de las aves que no le resultaba tan desagradable ya que para los desechos de los periquitos solo tenía que usar un par de guantes.

Michael había aprendido que el tamaño de los animales era directamente proporcional al grado de inmundicia y al de asquerosidad de sus excrementos. Solía sentirse intelectual al explicarles eso a las turistas que se acercaban a fotografiar a los animales cuando él hacía su trabajo dentro de las jaulas. En serio, no entendía a las extranjeras. Parecía que cuanto más sucio, sudado y apestoso estuviera, más sexi lo encontraban. Había días en los que él terminaba siendo la atracción principal. Incluso, siempre querían tomarse

fotos a su lado, fotos que seguro acababan en cuentas ajenas de Facebook. Ah... Qué vergonzoso.

Por otro lado, Michael también podía decir que el excremento de los elefantes era el más pesado y grande, pero no el más asqueroso. Oh, no. Sin duda, ese premio se lo llevaban las bestias felinas. Se llenaban de larvas con facilidad, las moscas pululaban sobre los restos de carne podrida y sin digerir, y el hedor hacía que los ojos de Michael lloraran como si se estuviera bañando con agua de cebolla.

La mierda se había convertido en la parte más dura a la que se tenía que enfrentar. Ya no lo era el peligro que significaba estar entre una manada de leones. Los animales lo entendían y él a ellos en una forma que nadie más comprendía. Su jefe le decía que la empatía era un don y que, por eso, había sido elegido para limpiar el estiercol. No corría riesgo de que las fieras le mordieran el trasero ni de que el zoológico tuviera que pagar su seguro médico. Michael creía que se estaba burlando de él, pero no debía morder la mano del que le daba de comer a él y a su perro bastardo.

Sí, a su jefe le encantaba tratarlo de tonto, pero, entre ellos, había tácito reconocimiento. Muy en el fondo, el viejo sabía que Michael era su mejor empleado. ¿Y qué lo había lanzado a la cima? Sí, la mierda.

Así es. Michael era el único que hacía ese trabajo sin rechistar o poner caras. Haber crecido en una granja y haber ayudado en los trabajos duros le daba ventaja y experiencia sobre los demás empleados: como resultado su paga era un poco más glamurosa.

Miró fijo a un chimpancé que tenía la cara somnolienta y pensó que se parecía a su tío Duffy en su lecho de muerte. Rebobinó sus últimas y sabias palabras y se sumió en los recuerdos. Era una tarde calurosa a principios del verano y Michael se acercó despacio al borde de la cama en donde vería morir al buen Duffy. El hombre hizo un movimiento débil con la mano huesuda para que se acercara todavía más. Michael obedeció, bajó la cabeza e inclinó la oreja sobre los labios resecos de su tío. Primero, se sintió tentado a echarse hacia atrás a causa de su aliento a mueble viejo y, luego, en



el momento de mayor tensión, Duffy reunió el último soplo de aire que le quedaba para hablar con una voz rasposa. En vez de decir «Mikie, el oro está enterrado en...» y morir con la lengua fuera antes de terminar la frase, el tío lo asió con fuerza del cuello de la camisa y le dijo con contundencia:

«¡Escúchame bien, Michael Arthur Phillip II Blackmoore! ¡Sal de aquí y has algo de provecho con tu vida, porque el día en que la mierda valga algo, los pobres nacerán sin culo!».

El joven Mikie se sorprendió por la brusquedad de los movimientos de su tío que estaba a tres segundos de morir. Sí, tres. Porque después de que habló, lo soltó, le dio un paro cardíaco y murió. Ese día memorable, Michael decidió entrar a trabajar en el zoológico a alimentar y recoger la porquería de los animales.

Para cuando terminó de atender el estaque de los flamencos, aún era temprano y no había muchos turistas. Salió y soltó un resoplido de cansancio. Se miró el uniforme y trató de encontrar un trozo de tela que no estuviera tan sucio como para limpiarse las manos. Fracaso, no había ni una sola fibra sin mugre.

Musitó una maldición y se pasó el antebrazo por la frente para apartarse los mechones de color bronce oscurecidos por el sudor. Asió las barras de la carretilla y se dirigió a la peor parte de su día: la casa de los felinos.

La entrada era un arco de piedra artificial bordeado con musgo, con enredaderas y con plantas trepadoras. Al ingresar, debía cruzar un corto túnel que simulaba ser el comienzo de una cueva que tenía las paredes cubiertas con manchas de sangre falsa, huellas rojas y con zarpazos letales del mismo color.

El lejano rugido de una de las bestias reverberó en las paredes de hormigón de la cueva. Al salir, se encontró en un espacio abierto, decorado con motivos selváticos y con altavoces ocultos entre el follaje de los árboles que emitían sonidos ambientales de la jungla, pero como no encenderían el audio hasta que el zoológico se llenara, ahora, reinaba un tenso silencio que era roto solo por los ocasionales bufidos de los «gatitos».





Los tucanes volaban libres por el espacio que tenían limitado por un domo de red. En el centro, se encontraba un área de descanso. Había bancas de piedra prehistórica —falsa— y en el medio una imponente fuente de granito que escupía chorros de agua dentro de un cuenco de gran tamaño. El agua salía desde las fauces abiertas de tres felinos salvajes —un león, un tigre y una pantera— que estaban agazapados sobre la base, como si estuvieran preparados para matarse entre ellos por un trozo de carne. Menos mal que solo eran estatuas.

La casa de los felinos estaba dividida en tres secciones que agrupaba a los tigres, a los leones y a las panteras.

Michael prefería empezar con los leones porque eran los más perezosos y difícilmente notaban su presencia cuando realizaba su trabajo. Los tigres aumentaban la lista de peligrosidad, pues, una vez que entraba en acción, no le quitaban la vista de encima.

Para él, el verdadero problema eran las panteras negras.

Ágiles, elegantes, silenciosas, letales. Poseedoras de la mandíbula más poderosa en el mundo de los felinos. Dominantes. Sin depredadores naturales. Unas completas devora-hombres.

A pesar de que Michael presumía de su control y de su entendimiento sobre los animales, las panteras le alteraban los nervios. La mayoría de las veces, la reducida manada lo observaba con recelo y rondaba cerca de él, con insistencia, cuando realizaba sus labores como su mayordomo y recogía todos sus desastres. Procuraba lanzar miradas furtivas cada diez segundos para comprobar que permanecieran a cierta distancia de él. Después de eso, se tomaba una Coca-Cola bien fría para recuperar el color y agradecía que su trasero siguiera entero con él.

Respiró hondo y trató de rezar una plegaria en su mente; pero como no recordó ninguna, lo mandó al diablo. En cuanto se acercó a la primera barda de contención, supo que algo andaba o muy mal o muy bien.



Todas las panteras estaban dormidas, esparcidas y acurrucadas en el fondo, cerca de un par de árboles artificiales que tenían la corteza surcada por marcas profundas de sus garras.

Michael soltó un suspiro de alivio. Se echó un costal vacío y la pala al hombro, y pasó una pierna por encima de la pequeña barda de malla metálica que servía para mantener la distancia entre el público y los gruesos barrotes de acero que mantenían a las bestias recluidas en su hábitat. Recorrió una larga distancia junto a los barrotes hasta llegar a la pesada puerta metálica que le daba acceso directo al matadero de raza humana con animales dispuestos a morderle los...

¿Pero qué...?

Se detuvo en seco y ahogó un sonido de exclamación. Retrocedió sobre los últimos cinco pasos que había dado.

«¡Maldición! ¡Por el diabólico aliento del tío Duffy!», pensó a gritos y sintió que su piel palidecía, que el estómago se le encogía al tamaño de un cacahuete y que las pupilas se le contraían hasta ser tan pequeñas como la punta de un alfiler. Dejó que el costal y la pala se resbalaran por su hombro hasta caer al suelo y sus brazos colgaron con un rebote lánguido a sus costados.

Lo que vio ahí no tenía nombre. No, sí lo tenía y era «suicidio». De reojo, le pareció ver un destello blanco, pero, gracias a su visión panorámica, notó que parecía la piel de una persona.

De una chica.

Una chica que se levantó, se agazapó entre las panteras y se deslizó sigilosa hasta los árboles. Avanzó con todos los músculos tensos, alerta a cualquier movimiento que los animales pudieran mostrar. Oculta tras un tronco, comenzó a mover la cabeza en todas direcciones y examinó el lugar en busca de una salida.

El corazón de Michael latió al mil por cien y arrojó la presión sanguínea contra sus oídos. ¡Jesucristo crucificado! ¿¡Qué diablos hacía ella ahí!? ¿Acaso estaba loca?

Pensó en pedir ayuda a la oficina central por medio del *walkie-talkie* que cargaba enganchado a su cinturón; pero, en vez de



hacer lo más razonable e inteligente, se encontró haciendo lo más estúpido e imbécil que se le ocurrió: metió la cara entre los barrotes todo lo que pudo y susurró:

—¡Psst! ¡Oye, tú! —Como no parecía escucharlo, gritó—: ¡Voltea!

La chica giró la cabeza en su dirección con brusquedad y Michael vio reflejado en sus ojos su propio miedo.

—¿Qué diablos haces? —Agitó los brazos, desesperado, dentro de los barrotes—. ¡Sal de ahí!

Ella abrió los ojos de forma desmesurada y, angustiada, propinó frenéticos golpecitos con uno de sus dedos contra los labios, mientras, lanzaba miradas furtivas a la manda dormida. Le urgía que Michael se callara.

—¿Qué está haciendo esta tipa? —musitó exasperado, sin entender el gesto de ella—. ¡Muévete de una jodida vez! —chilló con tanta vehemencia que se arrojó contra los barrotes como un gorila rabioso.

De hecho, la chica y él parecían estar llevando a cabo un extraño ritual de apareamiento, como si fueran dos monos. Ambos hacían aspavientos con los brazos, la cara y sus gestos, y emitían gemidos que pretendían ser palabras. Al final, ella golpeó el suelo terroso con el pie, frustrada, soltó un gemido y puso los ojos en blanco. Echó una última mirada a las panteras y caminó rápido, pero silencioso, hasta donde estaba Michael.

«Vaya, ¡qué mujer! Qué forma de caminar. Está desnuda»

«Está...»

Estaba...

¡Madre de los gansos desplumados!

Michael perdió la capacidad del habla y sintió que se le salían los ojos hacia adelante como si fueran dos resortes. La sangre que llenaba sus pies salió impulsada como un cohete y subió hasta sus mejillas. Incluso se le cortó la respiración y perdió el aliento.

La chica que se acercaba hacia él, con paso determinado y firme, no tenía ni una prenda encima. Su espesa cabellera, larga y salvaje,



caía como una cascada negra y pura que, de forma conveniente, le tapaba los pechos. Michael se mareó.

Santísima aparición. Se veía tan segura, que parecía la mismísima Eva desterrada del Edén. Su piel era muy blanca en comparación a su cabello de comercial que publicitaba algún champú caro. Él no pudo evitar que su boca se entreabriera cuando sus ojos treparon con lentitud por aquel par de largos, esbeltos y bien torneados pilares que tenía por piernas.

Por respeto y por dignidad quiso taparse los ojos, sin embargo, olvidó cómo parpadear y, en vez de hacer lo correcto, se encontró enarcando las cejas con una perdida admiración. Podría sonar muy extraño, pero le resultó fascinante la pequeña depresión de su ombligo en medio de su angosta y curvilínea cintura. Por un momento, nada ajeno fue capaz de reclamar su atención.

Cuando ella estuvo lo bastante cerca, él levantó la vista hacia su cara y encontró un par de ojos azul zafiro oscurecidos por la furia. Era el rostro de una muñeca arisca.

«Oh, no».

Michael dio un paso atrás por inercia, pero la chica pasó sus delgados brazos a través de los barrotes. Alcanzó el cuello de su camisa con una mano y lo arrastró de manera violenta hacia delante. Luego, lo hizo girar hasta ponerlo de espaldas a ella, le tapó la boca con una mano y con el brazo que le quedaba libre lo rodeó por el pecho como un cinturón de contención.

Él abrió los ojos de par en par, sorprendido por la de fuerza de esos bracitos.

—Se te cae la baba, ¿eh? —susurró, mordaz, a su oído. Por la tensión en su voz supo que estaba apretando los dientes—. ¿Qué es lo que tanto me ves, imbécil? —Le propinó un puntapié en la pantorrilla y Michael ahogó un gruñido contra su palma. Se había ganado una buena tortura—. ¿Acaso me cuelgan tres pechos o qué? ¿Nunca has visto a una mujer desnuda en tu maldita vida?



Michael se revolvió entre sus brazos. Le ardía la cara y se la notaba caliente, en especial en ese punto sensible tras la oreja donde ella le hacía cosquillas con su aliento.

—Te estaba diciendo —continuó ella y masculló sus palabras, furibunda— que no gritaras, ¿quieres ver cómo me comen esas cosas y...?

Un espeso sonido —gutural, animal y vibrante— la interrumpió. Michael sintió el delgado brazo tensionarse en torno a él. Ella ahogó un grito y lo soltó de inmediato. Él aprovechó la oportunidad para girarse y protestar, pero las palabras huyeron de vuelta al interior de su garganta cuando vio a Garra, la pantera hembra, de pie más allá. Había bajado las orejas hasta pegarlas a su enorme y redondo cráneo, tenía el puente de la nariz crispado y los labios del hocico echados hacia atrás. Mostraba una larga fila de dientes manchados de rojo desde las encías: eran los restos de la cena. Hilos de saliva escurrían de su feroz mandíbula y soltaba un tenebroso vaho con cada resoplido.

La chica emitió lo que bien podía ser un sollozo, un gemido o ambas cosas. Miró a Michael, sus ojos estaban inyectados en pánico. Cerró los dedos alrededor de los barrotes y trató de sacudirlos sin mucho éxito.

—¡Sácame de aquí! —chilló. Toda ella, incluso su voz, temblaba.

De no ser por esa mirada que gritaba una súplica, él seguiría plantado como una zanahoria, entumecido por el terror. Nunca en su vida había tenido que enfrentarse a una situación como esa.

Se estremeció y miró cómo el animal se acercaba, lento pero seguro, hacia su presa. Él se aproximó todo lo que pudo hacia la chica y puso las manos encima de las de ella sobre los tubos, como un gesto tranquilizador.

—De acuerdo, escucha. —Las palabras salieron disparadas y a pesar de que intentaba controlarse, su voz también temblaba y sus dedos nerviosos tanteaban el cinturón en busca de la pistola de dardos—. Voy a abrir la puerta de allá. —Apuntó con la barbilla el extremo derecho del recinto y ella asintió, angustiada—. Cuando





yo te diga: agáchate. Agáchate tan rápido como puedas, ¿me oyes? Tienes que estar atenta.

Maldición. No sabía lo que estaba explicando, solo trataba de improvisar un plan de salvación.

La fiera rugió e hizo que los barrotes vibraran bajo sus manos sudorosas.

—¿Y si no lo hago rápido? —chilló ella y se estremeció—. Saltará sobre mí antes de que yo tenga oportunidad de... Dios, ¡sácame de aquí de una maldita vez!

Michael atisbó una lágrima que se acumulaba en el rabillo del ojo de la chica y, con un terrible estremecimiento interno, se dio cuenta del problema en el que se estaba metiendo. Tendría que arrancarse la camisa para dejar ver el traje imaginario de «Súper Michael» que siempre llevaba debajo, volar a la puerta, sacarla en brazos y ser un héroe con un cabello que ondeaba sin la necesidad de viento... Eso o sería la última lágrima de la joven.

No podía quedarse parado y esperar para recoger su cadáver. Si es que, al menos, quedaba algo para recoger...

Con la determinación en sus ojos, Michael asió con fuerza la empuñadura de la pistola. Acercó la cabeza hasta casi meterla entre los barrotes y quedó tan cerca de la chica que sus narices respiraban el mismo aire y lo único que había en su campo de visión eran esos empañados ojos zafiro.

—No mires —pidió.

Ella enterró la cara entre las varas de metal, a la altura del hombro de Michael, y le apretó la mano tan fuerte que sabía que le tenía doler, sin embargo, el terror eclipsaba al dolor.

De repente, escuchó un chasquido. Él le dijo que no mirara, pero ella no le hizo caso y vislumbró el brillo metálico del arma. Notó cómo la introducía con lentitud entre la reja y que apuntaba hacia adelante. Sintió un cosquilleo sobre su hombro: la estaba usando como apoyo.

—¿¡Qué...!?





La pantera volvió a rugir con una violencia extraordinaria e hizo que la chica se crispara de pies a cabeza. Ella cerró los ojos con fuerza y se aferró con más firmeza a la mano de Michael.

—Quédate quieta. No te muevas por nada del mundo, yo te diré cuándo hacerlo —articuló con cuidado y puso mucho énfasis en cada palabra. ¡Dios! Deseaba con desesperación tener la fuerza suficiente para poder doblar los tubos con sus propias manos y sacarla de ahí de una vez por todas—. No te asustes si escuchas el disparo en tu oído. Yo voy a correr hacia la puerta y si llego a decirte que corras... —Ella empezó a temblar y él le sacudió la mano para llamar su atención—. Escúchame, por favor, escúchame. Entiende lo que te digo. Si te digo que corras...

—Correré —finalizó con la voz estrangulada.

Michael respiró hondo y apuntó al cuello del animal que se acercaba cada vez más lento. Estaba agachado, preparado para lanzarse. Solo de verlo, le dio una punzada de vértigo. Sintió que se tambaleaba y estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para que el cañón no lo hiciera. El sudor le resbalaba por la espalda y por el pecho. Tenía la camisa pegada en cada surco de su atlética anatomía. Su pulso le retumbaba con potencia en las sienas, le pitaban los oídos y de tanto enfocar la vista comenzó a ver borroso. Si había una sensación incluso más horrible que la de sentir a las entrañas huir por los poros a causa del pánico, él no la conocía.

Tragó la bilis amarga que subía en su interior y suspiró. Miró de soslayo una última vez a la chica y clavó sus ojos en la melena oscura que ocultaba un rostro sobre su hombro. Le susurró al oído:

—Michael —dijo él y le acercó su mano.

—Reby —respondió ella.

Se apretaron la mano mutuamente, como un saludo o tal vez una despedida. Era un pésimo momento para presentaciones, pero al menos tenía que saber qué nombre debía grabar en la lápida... por si no podía ser un héroe.

—A la cuenta de tres —murmuró Michael.



Reby se aplastó contra los barrotes y sintió el contacto frío del metal en su carne desnuda.

—Uno...

A pesar de que ella estaba de espaldas a la bestia, sus demás sentidos percibían la vitalidad animal que la acechaba. Su percepción aguda del peligro hacía que su cerebro gritara enloquecido de terror y trataba de que la pantera no oliera su miedo, pero no podía evitarlo.

Le tocaba ser la humana.

—Dos...

«Corre. Escóndete. Huye. Grita. Sálvate», decía su conciencia, pero algo muy elemental e instintivo le ordenaba a su cuerpo que hiciera otra cosa: «Defiéndete. Pelea. Desgarra. Muerde. Araña. Ruge. Caza. Mata».

Reby pudo sentir al animal que se acercaba; podía escucharlo pensar: «Matar. Comer. Lamer».

Entenderlo le daba más miedo que perder su vida. Sabía lo que era sentir esa necesidad de atacar, porque eso la cegaba hasta llegar a relamerse los labios con la punta de la lengua. En su mundo todo tenía forma de corderito indefenso y el único propósito que tenía era matar a la presa: comer su carne y limpiar sus huesos.

Sintió una sensación de regocijo al morderse la lengua con los caninos, pero, entonces, el dolor y sabor de su propia sangre le hizo recordar quién era el corderito indefenso en esta ocasión.

—¡Tres! ¡Agáchate!

La bestia rugió como si le enfureciera que Reby cayera al suelo. Sin dudarle, tomó impulso y empezó a correr.

Ella volteó de repente y vio a una bestia negra de noventa kilos de pura brutalidad cernirse sobre ella. Parecía un ataque definitivo, el felino tenía las patas delanteras extendidas y sus garras fuera de las fundas.

Cerró los ojos y pensó que era una manera justa de morir. No porque fuera digna, sino porque, muy en el fondo, sabía que era horrible. Y morir de una forma espantosa era lo que se merecía: se lo



había ganado a pulso. El cielo no podía ser más justo con su expediente y ella lo aceptaba con resignación.

Michael le gritó algo, pero solo escuchó a su potencial asesino rugir. Luego, percibió un golpe sordo que provocó que el suelo bajo ella vibrara por un segundo. Si le hubieran dicho que morir era hermoso, nunca lo habría creído. Comprobó que no le había dolido nada. Solo sentía que su cabeza se bamboleaba de atrás hacia adelante.

Sus hombros estaban siendo sacudidos con fuerza.

—...¡Corre!

Escuchó el eco de una voz y cuando abrió los ojos vio una doble masa negra en el suelo, no muy lejos de sus pies.

—¡Reby, reacciona! ¡Tienes que correr!

Era Michael, era...

Una segunda pantera los observaba con una atención casi mortal. No parecía muy amigable.

Ella dejó de parpadear y sus ojos se abrieron de par en par. Al final, no pudo seguir fingiendo que era un maniquí desnudo. Sus rodillas se doblaron hacia adentro y se levantó. Sacó fuerzas de un lugar que desconocía, se plantó en la tierra y empezó a correr como si no hubiera un mañana por ver.

Como un venado que escapa, podía sentir a su depredador pisándole los talones: la tierra temblaba bajo sus poderosos pasos.

La mente de Reby estaba bloqueada. Solo tenía un pasamiento: Correr. Correr. Correr. Correr y correr.

Hasta que su pie aplastó una rama y la hizo crujir. De pronto, una larga astilla se hundió en el centro de la planta de su pie y un ensordecedor grito de dolor salió disparado con fuerza desde la herida hasta su boca. Trastabilló y cayó de espaldas con un golpe sordo.

—¡Reby, corre! —chilló Michael, desesperado.

La bestia respondió al grito y mostró sus dientes largos, curvos y afilados. Se agazapó, meneó el trasero preparada para saltar, rugió llena de furia y ahogó el propio grito de Reby. Cuando el animal tomó impulso y se encumbró en el aire, ella se convenció de que quedarse quieta era una excelente opción suicida, por lo que giró





hacia un lado y logró incorporarse en cuatro patas. Hizo una mueca de dolor, pero se levantó del suelo y ahogó un alarido de dolor antes de echarse a correr.

Michael no dejaba de gritar que huyera, parecía pensar que sus palabras le darían más potencia. Ella se movía a tal velocidad que le fue imposible frenar al llegar a la pesada puerta de metal, por lo que se azotó contra el acero. Un dolor punzante emergió desde su clavícula y, también, volvió a ser consciente de la astilla enterrada.

Reby estaba empapada en sudor frío, nunca se había sentido tan congelada en su vida. Con los pulmones encendidos y la respiración jadeante, miró hacia atrás. El animal estaba lo suficiente cerca como para captar el hedor dulzón y nauseabundo de la sangre en su aliento. La pantera era inmensa, aún más grande que la anterior. Reby observó que sus silenciosas patas eran del tamaño de un balón de fútbol. Un solo zarpazo y terminaría como una piñata reventada.

Ella sabía cómo funcionaban las cosas. Primero, se atacaba directo a la cabeza de la presa y luego se profería un mordisco fatal en dónde los colmillos atravesaban el cráneo y alcanzaban al cerebro.

—¡Michael, abre! ¡Por el amor de Dios, ábreme ya! —imploró y aporreó la puerta.

Echó un vistazo al depredador. Estaba a menos de cinco metros, la escuchaba, la acechaba, era consciente de que cada uno de sus movimientos. A ella le pareció escuchar el sonido de un cerrojo que se deslizaba contra el metal.

El ruido alteró de lleno al animal que se lanzó sin más contemplaciones. Reby pudo ver el interior de su boca llena de colmillos y observó con claridad su garganta antes de sentir que una mano la agarraba del brazo y la jalaba hacia atrás como a una muñeca de trapo.

Lo último que vio, fue el otro lado de la puerta después de cerrarse y escuchó el porrazo de la cabeza de la pantera contra el metal, como resultado de haber saltado sobre Reby.

En ese momento, pudo haber muerto por decapitación, pero solo terminó desmayada en los brazos de un héroe.





Michael la llevó en brazos hasta la fuente del recinto e ignoró su desnudez de una forma muy profesional. La recostó en una banca, formó un cuenco con las manos y empezó a arrojarle agua en la cara, con cuidado de no ahogarla. Sin embargo, el líquido se le metió en la nariz y despertó con un ataque de tos.

Michael la ayudó a sentarse y cuando Reby logró respirar con normalidad, lo miró. Él estaba hincado sobre una rodilla y tenía la otra pierna flexionada. Uno de sus brazos estaba recargado sobre un muslo y su otra mano colgaba, temblorosa.

Se centró en sus ojos, eran de un verde pálido que tendía al color miel, y reflejaban una profunda preocupación.

Reby apretó un puño y con la otra mano le asestó una fuerte cachetada en la mejilla. El ruido del golpe hizo que los tucanes salieran volando asustados.

El golpe hizo que la cabeza de Michael se girara con brusquedad. Se quedó un momento petrificado y sin quererlo ofreció la vista de su impecable y bien marcado perfil. Sus pestañas aletearon al parpadear desconcertadas y, con lentitud, volvió su rostro que mostraba una mezcla homogénea de sorpresa y de enojo en sus ojos. Reby observó con cierta satisfacción la marca roja que su mano dejó.

—¿Por qué hiciste eso? —exclamó Michael, con la mandíbula apretada, y se puso de pie de forma abrupta. Estaba claro que le dolía, pero evitó sobarse frente a ella a toda costa.

Reby se levantó para encararlo, sin embargo, le quedó claro que él era muchísimo más alto e imponente, de modo que ella adoptó una pose desafiante para compensar la desventaja.

—Asqueroso perverso. —Le enterró un dedo en el pecho. Pero, demonios, ¡era durísimo!—. Es por haberme visto desnuda.

Michael se había olvidado de que ella «seguía» desnuda. Y ahora que lo mencionaba, lo hacía demasiado consciente de ello. Para colmo, estaban muy cerca el uno del otro.



—¿Y? ¡Te salvé la vida! —espetó y le rogó a sus ojos que no bajaran la mirada más allá del rostro de Reby.

«Cooperen conmigo, chicos. Máximo, pueden llegar al cuello. ¡Máximo! Un poco más abajo y les juro que los arrancaré de las cuencas».

Reby se sonrojó como un tomate furioso y Michael se preparó para recibir otro porrazo.

—¡Pues, gracias! —escupió.

—¡De nada, cuando quieras! —repuso él, furioso.

—Seguro —contestó, lacónica—. ¡Me largo!

—¡Que tengas un lindo día!

Sin embargo, ella miró a ambos lados y, luego, hacia la pechera de Michael. Soltó un suspiro de derrota y se quedó ahí.

—¿No te largabas?

—Estoy desnuda.

—Ah...

Michael se rascó la cabeza como si aquello fuera mucho para su cerebro. De pronto, la música ambiental empezó a subir, las bocinas habían aumentado el volumen y el eco de las voces de los turistas se comenzó a escuchar en el túnel de entrada. Ambos pegaron un respingo.

Él miró sobre su hombro y vio a lo lejos que el primer grupo de una visita guiada entraba haciendo gestos de exclamación al reparar en la decoración. Los primeros *flashes* de las cámaras iluminaron el comienzo de la excursión por el recinto.

—Maldición —masculló Michael que se puso de espaldas a Reby.

Lo vio mover las manos frente a él y, un momento después, la camisa se deslizaba por sus hombros. Los ojos de Reby se agrandaron al ver músculos, músculos sudados de espalda de hombre.

—¿Qué haces?

Él se sacó la camisa de la cinturilla de los pantalones y se la ofreció sin mirarla.

—Póntela rápido, yo te cubro.



Reby observó la prenda con asco. Estaba como para ir de campamento a las cloacas y olía a...

—Ese trapo está asqueroso.

—Que te la pongas o me voy y aquí te dejo.

Reby la terminó aceptando. Usó sus dedos como pinzas y la sostuvo por una esquina. Se la puso a regañadientes. La camisa estaba caliente, húmeda de sudor y de otras cosas que no quería analizar. Abrochó los botones y comprobó con alivio que le tapaba el trasero y le llegaba hasta la mitad de sus muslos.

—¡Puaj! Huele a caca de...

—¿Terminaste?

—Por desgracia... ¡Oye!

Michael la tomó de la muñeca y empezó a arrastrarla fuera de ahí. Reby se mordió el labio inferior cuando sintió que la astilla le perforaba más el pie. Ella no tuvo que decir nada para que él se diera cuenta de su dolor. Sin consultar, él la levantó del suelo y caminó con ella en brazos hasta la salida.

—¡Oye, bruto animal salvaje! ¿Qué te...?

—Con permiso, gracias —dijo él con amabilidad al pasar entre medio de un grupo de varias turistas ancianas que se quedaron con la boca abierta al ver a un tipo, musculoso y sin camisa, cargar a una zarrapastrosa damisela. Tarzán nunca había sido tan real hasta ese momento, por lo que algunos *flashes* saltaron sobre ellos.

—¿A dónde me llevas? —preguntó ella sin más remedio que agarrarse fuerte a su cuello.

—A sacarte esa cosa del pie.

—No, ya has hecho suficiente.

—Y a someterte a un riguroso cuestionario sobre qué diablos hacías en la jaula de las panteras y —continuó—, por amor a tu trasero al aire, dónde está tu ropa.

Reby apretó los puños tras el cuello de Michael.

—No es de tu incumbencia.

—¡Claro que lo es! Es «mi» área de trabajo. «Mi» responsabilidad. Tú entraste en ella y te conviertes en «mi» responsabilidad,



por lo tanto, eres de «mi» incumbencia —espetó y puso mucho énfasis en los «mi».

—No voy a decirte nada, porque no sé nada, ¿de acuerdo? No sé cómo acabé ahí.

—Ya, claro. Te parieron las panteras.

Michael se esperaba una contestación ingeniosa por parte de ella, pero Reby se quedó callada.

—Y qué dices sobre tu ropa, ¿eh?

—Me parieron las panteras —respondió, mordaz—. ¿O a ti los monos te parieron vestido?

Michael se aguantó una carcajada con todas sus fuerzas, pero al final no pudo contenerse y se rio.

Reby apretó los labios hasta que se le pusieron blancos, sin embargo, tampoco pudo soportarlo y se echó a reír sin límites. Su cuerpo se relajó poco a poco, hasta que fue consciente de todo: el pecho duro de Michael pegado a su costado, sus brazos fuertes —uno bajo sus muslos y otro en torno a su cintura—, sus propios dedos aferrados al cabello que nacía en su nuca...

De inmediato, retrajo los dedos, cohibida y antes de que su incomodidad se prolongara, escuchó una voz familiar. Creyó ver una cara conocida por encima del hombro de Michael.

—¿Reby?

Michael se volteó como si lo hubieran llamado a él y ella tuvo que girar la cabeza para volver a ver al individuo.

Se estudiaron un breve momento con la mirada y el rostro de Reby se iluminó de alegría.

—¡Allan! —Forcejeó para que Michael la bajara, pero él la apretó más contra su cuerpo cuando Allan se acercó.

Su conocido llevaba a un niño pequeño de la mano, pero ella apenas lo recordaba. A juzgar por el parecido, supuso que debía ser Jamie, su hermano menor.

—Reby, esto es increíble, creí que estabas en... ¡Dios, no puedo creer que de verdad seas tú! —Esbozó una sonrisa de oreja a oreja que iluminó sus ojos oscuros.



—¡Lo sé, yo...! —Hizo una pausa y volteó hacia Michael—. Maldición, ¿quieres bajarme de una buena vez?

—Eh, amigo... —Allan pareció reparar en Michael por primera vez—. ¿Por qué la cargas?

—Tiene una astilla muy enterrada en el pie —informó mientras la bajaba con cuidado. Ella se detuvo en un pie, tambaleante.

Allan la miró y arrugó la nariz.

—Auch, debe de doler.

—Algo.

Reby perdió el equilibrio y se fue de bruces. Cayó en los brazos de Allan, pero, sin hacer ademán de moverse, se quedaron así. Ella terminó por abrazarlo, él sonrió y apoyó la barbilla sobre su cabeza: le devolvió el abrazo.

—¡Qué asco! —exclamó el hermanito de Allan, escandalizado, y los observó con horror.

Michael no sabía para dónde mirar. Para su incomodidad, las turistas no quitaban sus miradas hambrientas de su torso desnudo.

Entonces, carraspeó.

—Bueno, si nos disculpas —empezó a decir y jaló a Reby de la camisa, «su» camisa—, hay una astilla que tengo que sacar.

Reby frunció el ceño, sin soltarse de Allan.

—Te agradezco mucho, pero será mejor que la lleve a un hospital —se apresuró a decir Allan.

Michael agitó una mano, despreocupado.

—No hay problema, corre por cortesía de la casa.

—En serio, no tienes por qué molestarte —insistió Allan que mantenía un tono cordial—. Vine en auto y el hospital no está lejos.

—Sí, sí, pero...

—Por el amor de Dios, Michael, ya cierra el pico —intervino Reby y los dejó perplejos por la brusquedad—. Me voy con Allan. Gracias de todos modos y hasta nunca.

Le pasó un brazo por encima de los hombros a su amigo para que la ayudara a avanzar ya que cojeaba con un esfuerzo lastimoso. Allan le lanzó una mirada de disculpa a Michael antes de



darle la espalda. Él los observó marcharse, hasta que a medio camino se detuvieron. Reby lo miró por encima del hombro e hizo que regresaran.

Cuando estuvo de nuevo frente a Michael, extendió la palma hacia arriba. Él la observó sorprendido.

—Dámela.

—¿Darte qué?

—No te hagas. Estoy hablando de mi pulsera.

—¿Cuál pulsera?

—¡La que tus amigotes me quitaron! Recordé a los bastardos cuando me la robaron.

Michael enarcó ambas cejas y la miró como si estuviera loca:

—Sigo sin saber de qué estás hablando.

Reby abrió la boca para seguir con la letanía, pero antes de decir algo, Allan le puso las manos en los hombros y la instó a retroceder.

—Reby, está bien —le dijo al oído—. Si la encuentran, regresaremos por ella. Ahora tenemos que irnos, deben atenderte.

—¡No! Esto es importante, esa pulsera...

—Reby —intervino Michael en voz baja—, te doy mi palabra de que la recuperarás. Preguntaré si alguien la vio y la guardaré por ti.

Ella dejó de forcejear y sostuvo la mirada del hombre que la rescató de las panteras. Había algo en sus ojos solemnes que la tranquilizaba ya que supo, en el fondo, que estaba diciendo la verdad.

Sus hombros se relajaron bajo las manos de Allan y volvió a apoyarse en él para caminar.



Billy Byron probablemente era el hombre más británico del mundo. Tenía el acento demasiado marcado, usaba calzoncillos con la bandera del Reino Unido estampada y peinaba su canoso cabello hacia un lado. Además, siempre vestía con pantalones y camisas formales, se abotonaba el chaleco a rayas y utilizaba una chaqueta a juego. Incluso, tenía por ley usar un reloj antiguo con cadena





y guardarlo en el bolsillo interior de su chaqueta. Y, como buen inglés, Billy amaba el té: coleccionaba toda clase de plantas para hacerlo de forma natural.

Michael agradecía cada vez que tenía la oportunidad de entrar a la oficina de su jefe. Le agradaba la sensación de asalto que le daba el aire acondicionado mezclado con el aroma de la madera de los muebles barnizados, las hierbas de té y el humo dulzón del puro al que Billy era adicto.

Cerró la puerta y el chasquido hizo que el señor Byron girara en su acolchonado asiento rotatorio mientras aún sostenía un ejemplar del Times de Londres.

—¡Michael Arthur Phillip II Blackmoore! —exclamó su jefe e hizo a un lado el puro y el periódico, luego se ajustó su monóculo—. ¿Qué ha pasado con tu camisa?

Michael esbozó una mueca y se aproximó para dejarse caer con aire agotado en el mullido asiento de cuero que estaba frente al escritorio de roble.

—Jesús, ¡qué cara! —Con delicadeza, hizo a un lado los papeles que había sobre el escritorio y juntó sus pulcra manos sobre la superficie—. ¿Qué ocurre, hijo? ¿Qué te hicieron los macacos esta vez?

Michael negó con la cabeza.

—Tenemos un problema —anunció y rascó el brazo del asiento con la uña—. Uno de esos problemas en los que nos pueden demandar.

—Vamos, Michael. Me estás matando —lo apremió para que hablara, cada vez más nervioso. El joven sostuvo su mirada.

—Había una persona dentro del recinto de las panteras.

Esperó en silencio la reacción de Billy, pero este se quedó helado. Parpadeó.

—Por supuesto, siempre hay alguien que entra a...

Michael se apresuró a menear una mano.

—No, no, no. Billy, lo que estoy diciendo es que había una chica y no era del personal de mantenimiento, ni de inspección, ni nadie





que trabaje en el zoológico. —Al ver su expresión perpleja repitió con vehemencia—. ¡No era nadie de aquí, Billy!

—¿Estás bromeando? ¡Me estás tomando el pelo! —Se levantó de golpe y plantó una mano con fuerza en el escritorio—. ¿Quién era? ¿Cómo diablos terminó ahí? ¡Michael, quiero que la traigas en este momento y...!

—Cálmate un momento, por favor —pidió Michael por debajo de los gritos de su jefe y levantó una mano para tranquilizarlo—. Te lo explicaré, pero siéntate.

Billy Byron obedeció a regañadientes, pero al cabo de tres segundos volvió a levantarse. No podía estar sentado cuando le hervía la cabeza.

Michael permaneció sereno en su lugar y le narró a su jefe todo lo ocurrido, desde que entró a la casa de los felinos hasta que Reby y su amigo se marcharon. Por respeto, omitió el detalle de que ella estaba desnuda y, para explicar la ausencia de su camisa, inventó que había quedado atrapada en la puerta metálica de las panteras. Aunque sabía que Billy no le prestaría atención a ese comentario, de igual modo, prefirió aclararlo.

El señor Byron permaneció sin decir ni una sola palabra durante toda la explicación. Escuchó recargado contra el ventanal que estaba detrás de su silla y miró al exterior mientras fumaba con desesperación.

Cuando Michael terminó de hablar, él se tomó un momento para voltearse. Luego, miró a su empleado a través de una voluta de humo.

—Si vuelves a verla, tráela.

Michael se alarmó por la feroz calma con la que su superior habló.

—¿Qué pasa si la traigo? —preguntó con cautela.

Billy lo miró con intensidad y trató de descifrar la insinuación en la pregunta. Soltó una risita entre dientes.

—Tranquilo, solo nos aseguraremos de que no haya sufrido daños, ¿verdad?





Michael asintió con desconfianza, aún no estaba muy convencido con la situación. En el instante que se preparó para retirarse, su ojo capturó un punto de luz. Se fijó mejor. Era una cadena delgada, de pequeños eslabones dorados cuyos extremos finalizaban en un broche deslizable, que descansaba sobre el escritorio.

Echó un vistazo hacia su jefe que se había vuelto a instalar en la ventana con otro puro. Se atrevió a levantar la cadena a la altura de sus ojos.

Era demasiado corta como para ser un collar, por lo que dedujo que tenía que ser una pulsera.

—¿Qué hay de esto? —preguntó, absorto en el objeto.

Billy lo miró de soslayo antes de volver a concentrarse en la ventana.

—No sé, una baratija que encontraron los de la Sociedad Protectora de Animales esta mañana. Dicen que la pantera que capturaron la tenía atada en la pata.

Michael levantó la cabeza de golpe:

—¿Qué? ¿Encontraron una pantera? ¿En Londres?

—Sí, raro, ¿cierto? Es curioso que no la hayas mencionado mientras rescatabas a la chica. Debiste haber lidiado con tres bestias y no con dos. —Hubo un momento de silencio y Michael escuchó cómo daba una lenta calada a su puro—. En fin, tuviste suerte, debió estar dormida —concluyó al fin—. Ah, y puedes llevarte esa cosa, a mí no me sirve de nada.

Michael se metió la pulsera en el bolsillo del pantalón y salió de la oficina sin decir una sola palabra. Se detuvo en seco a medio pasillo y se quedó pensando en lo que le había dicho Billy Byron. Por más que le dio vueltas al asunto, no consiguió llegar más que al principio: no comprendía nada.

Sacó la pulsera de su pantalón y la sostuvo en su palma abierta como si fuera una joya muy delicada. Se percató de que uno de los eslabones centrales sostenía un medallón de oro pequeño y ovalado, del tamaño de un penique. Lo acercó a sus ojos y pudo ver que había figuras grabadas en relieve: un escudo de armas atravesado



por un par de espadas y dos leones que custodiaban los flancos en dos patas.

—Soberbio —murmuró.

Le dio la impresión de que ya había visto ese emblema en algún lado. Luego, usó el dedo índice como espátula para voltear la medalla y observó con detenimiento que había más garabatos en el reverso.

Su ceño se fue frunciendo conforme examinaba las pequeñas florituras de las letras que rezaban un nombre:

«Rebecca».





CAPÍTULO 2

Eres una de ellos

—¿Me estás diciendo que viajaste desde Francia hasta Londres a pie? —Allan miró a Reby con los ojos muy abiertos desde el otro extremo del sofá que estaba en su sala.

Recién habían llegado del hospital. Reby, luego de estar una hora entre gritos para sacar la astilla enterrada en lo profundo de su existencia, se reconfortó y dio un largo sorbo a la taza con té de manzanilla que sostenía entre sus manos temblorosas. La adrenalina todavía no menguaba en su sangre.

—A pata —corrigió—. Y no fue todo el camino. —A Allan no le hizo gracia el comentario. La miró muy serio—. ¿Qué pasa con esa cara de trasero arrugado? —comentó para aliviar la tensión.

—¿Cómo voy a suponer que cruzaste el mar?

—Me brotaron alas.

—Ya, en serio, Rebecca.

Ella hizo una mueca al escuchar ese nombre.

—De acuerdo, de acuerdo. No me llames así. —Suspiró y dejó la taza en una mesita—. Compré un boleto de tren, Eurostar. En dos horas y media llegué a Londres, y ¿qué crees?

—¿Qué?

—Estaba lloviendo.

—¡No me digas! Qué raro —repuso Allan con la voz llena de sarcasmo.

Reby se encogió de hombros.



—Sí, bueno, ya sabes cómo es esto. —Su voz se fue apagando hasta terminar en un susurro. Apartó la mirada.

A Allan le picó una punzada de ternura en el corazón. Ella nunca le había inspirado tanta miseria ni tanta lástima y, ahora, era imposible no sentirse mal frente a su estado desaliñado, sucio y delgado. Hacía dieciocho años que conocía a Reby. Tenían una vida llena de recuerdos compartidos.

Ambas familias fueron vecinas y sus madres los inscribieron al mismo jardín de niños: hacían pasteles de lodo con sus pequeñas manos, recolectaban escarabajos verdes y construían albergues en miniatura para las hormigas. Casi siempre recibían el mismo castigo, cuando se metían en problemas, porque estaban complotados. Allan empujaba la espalda de Reby en el columpio a cambio de que ella lo empujara después; pero ella nunca cumplía con su palabra y él terminaba llorando. Además, él pasó su infancia acomplejado porque Reby era más alta que él.

Sin embargo, los padres de él se divorciaron y tuvieron que mudarse un tiempo después. Pero no resultó un problema muy grande ya que seguían viéndose en la escuela, organizaban pijamadas en la casa de alguno de los dos o pasaban horas al teléfono. Y fue así hasta que Allan creció y se hizo consciente de que había temporadas en las que Reby faltaba a la escuela por mucho tiempo. Cuando llamaba a su casa, la respuesta que recibía siempre era una cortante variación de: «Lo siento, está enferma, no puede hablar contigo».

Cuando ella se «recuperaba», evitaba las fuentes del parque, el aspersor del jardín, las pistolas de agua, las piscinas, el río, los charcos y... las nubes. En especial, las más grises. Allan se percató de que algo no era normal en Reby: una pieza ya no encajaba.

Estiró el brazo para cerrar los dedos en torno a los de ella y le dio un apretón.

—Saliste en las noticias. Eres famosa.

Reby miró sus manos unidas y esbozó una débil sonrisa:

—Qué vergüenza.

—¿Cómo acabaste en la calle?





Ella se encogió de hombros y observó al vacío.

—Tuve que esconderme en el bosque. No sé, tal vez me desorienté y acabé en la civilización. —Levantó el rostro, cansada—. El resto ya lo sabes.

Le contó lo del zoológico en la sala de espera del hospital cuando Jamie correteaba a lo largo del pasillo y no les prestaba atención. En ningún momento pudo parar de temblar y Allan tuvo que tomar sus manos con fuerza.

Guardó silencio y comenzó a recordar la jaula de las panteras: ella atrapada, los rugidos, el aliento putrefacto, la sangre y la carne cruda... Los temblores regresaron a sus manos. Sintió que Allan le apartaba un mechón de la cara y se lo colocaba tras la oreja con ternura.

—Reby, necesitas darte un baño —dijo despacio.

Ella chilló escandalizada. Parecía como si le hubiese pedido que reviviera a los muertos. Apartó su mano de un manotazo y se puso de pie con un salto.

—No, de ninguna manera. —Meneó la cabeza con frenesí—. No, Allan. Sabes perfectamente lo que pasará y no puedo. No. No puedo hacerlo. Déjame vivir unas pocas horas más en mi propia piel...

—Reby...

Él se acercó con cautela, pero ella comenzó a retroceder.

—Tu piel... ¿sabes cómo está tu piel en este momento? ¿Acaso ya te has visto en el espejo?

Él dio unos pasos más y ella caminó hacia atrás.

—Estoy bien así.

—No te has bañado en días.

—La lluvia...

—Eso no cuenta.

—Por favor —suplicó entre gemidos de impotencia cuando su espalda se topó con la pared.

Allan la jaló de un brazo, sin brusquedad, pero con firmeza. La colocó delante de él y la pegó a su pecho para girar con ella a un lado. Con la mano libre, subió su barbilla y la obligó a mirar al frente, hacia el espejo de cuerpo entero que estaba sobre la pared.





El cabello enredado y polvoso, una cara tan sucia que lo único que resaltaba era el azul zafiro de sus ojos, los brazos mugrientos, las rodillas raspadas, los pies lodosos y... la enorme camisa de Michael que lucía como la mierda, literal.

Con ambas manos, Reby tomó el brazo de Allan que la sujetaba y lo apartó, sin dejar ver al espejo con una mezcla de asombro y tristeza.

—¿Qué tal, eh? —murmuró él, con voz liviana.

Podría jurar que le pareció haber visto temblar el labio inferior de Reby, de no ser porque, de inmediato, apretó la mandíbula y aplastó hasta el más mínimo signo de debilidad.

—Tal como yo lo veo, soy un aborto de macaco.

—Tal como yo lo veo —tomó los gruesos y largos mechones que le caían sobre los hombros y los echó tras la espalda—, haces que hasta la mugre se vea linda. En serio. Pero no es saludable que andes tan desastrosa como una Emily Rose exorcizada.

Reby guardó silencio y se limitó a continuar con los ojos perdidos y la expresión vacía.

De repente, vio que Allan sostenía una alargada caja de madera rectangular, ella no notó en qué momento la había dejado sola: se había concentrado demasiado en su reflejo. Su estómago dio un violento vuelco cuando reconoció lo que él tenía en las manos. Tragó una saliva amarga y miró a su viejo amigo con conmoción.

—No creo que seas tan injusto —le dijo con su voz, tensa, y negó con la cabeza.

Por el bien de ambos, Allan la ignoró y levantó la tapa con los dedos, despacio.

—¿Recuerdas que tu madre usaba de estas para que nadie saliera lastimado?

—No es cierto, siempre había alguien lastimado.

Reby soltó un leve gemido al asomarse al interior de la caja...

—¿Quién?

... y ver una larga, oxidada, gruesa y tosca cadena metálica de aspecto muy cruel.





—Yo.

Dio un paso atrás al ver que dejó la caja en el suelo y su interior se colmó de turbación cuando la empezó a sacar con la misma precaución con la que tomaría una pitón. Se la echó al hombro y los eslabones tintinearón con furia, en su espalda, al rozarse unos con otros.

Miró a Reby con afecto y le extendió su mano.

Pese a que no dejaba de temblar, aceptó y permitió que la llevara al cuarto de baño. Lo primero que vio fue la ducha suspendida sobre la tina de porcelana blanca. Allan debió leer en ella las ganas de huir, de modo que alargó un brazo y presionó el seguro de la puerta. Después, sin mediar ni una sola palabra entre ellos, giró una llave del grifo y luego la otra. El chorro manó con una potencia abrumadora y el agua empezó a llenar la bañera con rapidez.

Allan pasó un extremo de la cadena por encima del tubo que sostenía la cortina de plástico. La aseguró y tironeó con fuerza para comprobar que nada se viniera abajo. Sus movimientos eran precisos: automáticos, expertos, concentrados.

Como alguien que ya lo había hecho varias veces en el pasado.

Formó una especie de holgada horca con el otro extremo de la cadena y, con pequeño gesto, le pidió a Reby que se acercara. La situación tenía un cierto doble sentido, parecía como si estuviera preparando todo para un suicidio.

—¿Dónde está tu ropa? —Pasó la cadena por encima de su cabeza. Reby sintió el frío y aplastante peso del metal sobre los hombros.

—Debe estar en el bosque, junto con toda la maleta y mi guitarra.

—No es problema. Mi madre debe tener algo que te sirva.

Él se inclinó sobre la tina, alcanzó una botella de champú y empezó a derramarlo sobre el agua. Se subió la manga hasta el codo y metió la mano para revolverlo hasta que formó una perfumada capa de espuma. Cuando terminó, sacudió su brazo y cerró el grifo.

Reby lo observó con fascinación. Encontraba atractiva la forma hogareña con la que se movía.

—Se nota que tu madre te pone a lavar tus calzoncillos a mano —dijo, admirada.



—Ten cuidado con el piso. —Allan tomó una toalla de mano para secarse y fingió que no escuchó—. Se pone resbaloso. El tapón de la tina no está bien puesto para que el agua se vaya drenando de a poco... Así que, apúrate. —Su voz se hacía más queda conforme daba instrucciones.

Se aproximó a la puerta, tomó el pomo y antes de salir, la miró lleno de preocupación por encima de su hombro.

—Cierra la puerta con seguro cuando yo salga. —Se fijó en la cadena y la señaló—. No vas a alcanzar. Quitátela, cierra y vuelve a ponértela. —Ella asintió con vaguedad y provocó que él se exaltara—. ¡No, Reby! ¡Prométeme que te la pondrás de nuevo!

Ella levantó ambas manos.

—De acuerdo, ¡de acuerdo! Me la pondré, lo prometo, pero...

—No hay peros.

—... de nada va a servir si me dan ganas de echarla abajo.

—Pues te controlas y punto —masculló y salió tras azotar la puerta, sin querer. De manera automática, se arrepintió y quiso golpearse contra la pared: había sido muy rudo con ella. Se maldijo para sus adentros, se apoyó en la puerta y moduló el tono de su voz.

—Pon el seguro, Reby. —No hubo respuesta. No hubo ningún chasquido. Trató de serenarse y respirar hondo—. Por favor.

Silencio.

—Reby, cariño, solo te estoy pidiendo que pongas el jodidísimo...

Chask.

Ahí estaba el seguro.

A partir de ese momento, Allan sintió su propio pulso atorado en la garganta. Se apresuró a la sala y, en caso de emergencia, tomó el teléfono con rapidez. Al regresar al pasillo, se detuvo un momento para echar un vistazo hacia la cocina: sopesó la idea de tomar un cuchillo, solo por si acaso...

Sacudió la cabeza y siguió hacia adelante, dejó tirada la opción tras de sí.

«Es Reby, solo Reby».



Sus pasos se detuvieron frente a la única puerta del pasillo adornada con calcomanías de súper héroes, huellitas dactilares con acuarela e intentos fallidos de Picasso con crayolas.

Entró con sigilo. Jamie dormía la siesta acurrucado en su cama con forma de auto de carreras. Allan apartó con el pie los juguetes desperdigados en su camino y tomó, del rincón, la mullida silla mecedora de cuando su hermano era un bebé y no tenían más opción que sentarse con él hasta que se durmiera. La arrastró hasta la puerta y agradeció que la alfombra amortiguara el ruido.

La trabó contra el pomo. Así es, no se le ocurría nada mejor que lo que las películas de zombis le podían ofrecer como método temporal de salvación.

—¿Qué estás haciendo? —La voz aguda y soñolienta de Jamie lo hizo pegar un brinco. El pequeño se había medio incorporado en un codo y se restregaba un ojo con los nudillos.

Allan se obligó a descomponer su cara de pánico y cambiarla por una sonrisa tranquilizadora. Se acercó a la cama del niño, apartó la manta y se metió dentro. La diminuta cama crujió con su peso y tuvo que doblar mucho las piernas para entrar. Jamie se echó a un lado para hacerle más espacio a su hermano mayor.

—No pasa nada —susurró y trató de sonar «normal»—, duérmete.

Jamie bostezó y dejó que su mejilla cayera de nuevo sobre la almohada. De inmediato, Allan aprovechó y le cubrió el oído libre con la mano.

—Allan, ¿por qué me tapas la oreja? —murmuró, confuso.

—Es para que no me escuches roncar.

—¿Y por qué debería escucharte? Tú tienes tu cama.

—Sí, pero creo que la mojé.

Allan deseó con desesperación que se durmiera de una vez.

—Tú no... —Jamie bostezó, sus párpados entrecerrados le pesaban—. Tú no mojas la cama. Eres grande.

—¡Claro que sí! —exclamó y fingió una voz convencida—. Eres mejor que yo en esto, Jamie, además... —Se calló cuando notó que el niño ya no lo escuchaba.





Allan no tuvo que esperar demasiado para escuchar la primera protesta de la cadena contra el tubo del baño.

Cerró los ojos con fuerza mientras presionaba un poco más el oído de su hermano.

Un rugido.

La cadena que luchaba por no ser destruida.

Otro rugido.

Algo que se hizo añicos. El espejo sobre la tina...

Un gruñido bajo.

Otra cosa que se rasgaba.

«Por Dios, que sea la cortina y nada más».

En más de una ocasión consideró tomar a Jamie en brazos y salir de ahí. La calle parecía más segura en ese momento. Sentía el sudor frío brotar de su frente y resbalar por los laterales de su nariz. Esta era la pieza que de pequeño no podía encajar, pero, ahora, ya era caso cerrado. Pensó con preocupación en lo que le iba a decir a su madre cuando viera el cuarto de baño destrozado.



En el interior del cuarto de baño, había un monumental animal de pelaje oscuro. Con sus cuatro patas tiraba, furioso, de la cadena que lo retenía de salir y aplastar el mundo. Una cadena que, hacía unos minutos, descansaba sobre los finos y delgados hombros de una chica. Pero, ahora, apretaba el musculoso cuello de una fiera: una pantera de exóticos ojos azul zafiro.

Reby.

De su pelaje oscuro escurrían chorros de agua enjabonada con olor a coco hawaiano. En su garganta vibró un sonido gutural y saltó fuera de la tina. Error. Las almohadillas de sus enormes patas resbalaron al primer contacto con el piso y derrapó algunos centímetros con la barriga pegada al azulejo. Lo único que evitó que se golpeará contra la puerta fue la correa metálica que tiraba de ella.





Expresó lo poco que le gustaba la situación con un gruñido y siguió tirando. Trató de roerla con sus filosos colmillos y la arañó con sus zarpas hasta que se dio por vencida. Se sentó en los cuartos posteriores. Sacudió su cabeza, para quitarse el exceso de agua, con tanta fuerza bruta que volvió a caerse desparramada en el suelo.



—Vaya... Con que la señorita «Trasero al Aire» es una de ellos.

Michael echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada de satisfacción. El júbilo le duró hasta que Pimienta, atento a las tonterías y descuidos de su amo, aprovechó el momento exacto para dar un salto sobre el sofá y secuestrar el sándwich de mantequilla de maní que lo seducía desde hacía un buen rato.

—Pero qué... —Echó a un lado la laptop que descansaba sobre su abdomen, se levantó de sopetón y alcanzó a su pequeño perro antes de que este pudiera huir—. Eres un verdadero terrorista —le dijo mientras lo alzaba frente a sí.

Pimienta lo miró con el sándwich en el hocico y la cola entre las patas. Michael sostuvo al animal bajo su axila y con la otra mano le confiscó el artículo robado.

—¡Perro malo! No dejaste nada rescatable. —Caminó hasta la cocina y arrojó el sándwich a la trituradora de comida. Se aseguró de que su mascota observara el funeral—. Fíjate bien, amigo. Si vuelves a hacer eso, ninguno de los dos podrá tenerlo.

Lo puso en el suelo y le abrió una lata de comida para perros que hacía un extraño sonido al caer en el plato. ¡Plaff!

—*Bon appétit!*

Volvió a tomar una posición cómoda en el sofá y acercó la laptop. Entrecerró los ojos cuando el brillo de la pantalla le dio de lleno en la cara, la oscuridad comenzaba a devorarse la casa.

En cuanto llegó del trabajo, Michael tomó una ducha rápida y se sentó a escarbar entre sus sesos. Quería saber por qué el escudo de



la pulsera le resultaba tan familiar. En algún punto, su mente le susurró un recuerdo.

Hace dos años, un hombre, de esos estirados bien vestidos que cuando van al baño excretan dinero, tuvo la bondad de donar una generosa cantidad al zoológico. Sí. Lo recordaba muy bien ya que ese día, como agradecimiento, Billy Byron le ofreció a Míster Billete un recorrido VIP por el zoológico.

Ninguno de los dos contó con que el lugar se colmara por la prensa. Michael estaba haciendo su trabajo cuando vio pasar a la bola humana pegada al hombre. Los periodistas estaban aglomerados y sostenían en lo alto cámaras y micrófonos con logotipos de programas especializados en chismes de la farándula.

Gritaban varias preguntas a la vez y Michael no entendía qué querían a causa del ambiente caótico que seguía al hombre mientras avanzaba. Solo logró captar algunas palabras sueltas y frases inconexas que juntas le daban algo de sentido a todo el embrollo.

«¿Por qué no lo había declarado antes?». «Gregory». «Secreto». «Gellar». «Deshonra». «Hijo». «Polémica». «Sebastian».

Gellar, Gellar, Gellar.

Eso era lo que más repetían. Gregory Gellar. El abogado consentido por los artistas, al parecer, estaba en el ojo del huracán por un problema familiar del que nunca pudo enterarse con exactitud qué había pasado como para juzgarlo.

Ese día más tarde, Billy Byron convocó a todos los trabajadores a junta y, muerto de alegría, les enseñó el flamante cheque. Michael solo alcanzó a visualizar el dichoso emblema estampado en una esquina del papel, porque luego de eso su jefe los invitó a tomar y la sala estalló en vítores.

Pero, más allá de eso, Michael logró encontrar una imagen del emblema en Google. Levantó la muñeca donde se había puesto la pulsera y notó que el broche se deslizaba lo suficiente como para adaptarse a su tamaño; comparó ambos escudos.



—Rebecca. Reby... Señorita Trasero al Aire —dijo en voz alta, otra vez, para oír cómo sonaba—. Así que eres una chica, marca registrada, Gellar.

Silbó con admiración y siguió viendo imágenes de la familia, pero no había nada que valiera la pena. Además, en ninguna de esas fotografías mediocres aparecía ella.

—Deben estar realmente mal si te dejan andar por ahí en paños menores, ¿eh?

Sus dedos dejaron de atacar el teclado de golpe y sintió una ola de calor que le trepaba por la cara. Se aclaró la garganta y se pasó una mano por la nuca. Se percató de que un par de ojillos, brillantes y muy redondos, lo miraba desde el suelo.

—¿Qué miras, Pimienta? —El perro ladeó la cabeza como respuesta—. ¿Es que tú nunca has visto a una perrita guapa y sin un gramo de pelo en el cuerpo?

Pimienta ladró.

—De acuerdo, en tu caso no es nada atractivo. Ya te compraré una golden retriever y sabrás de lo que estoy hablando.

Bajó la tapa de la laptop y se dispuso a dormir, pero en cuanto se metió en la cama y cerró los ojos, los volvió a abrir. Tenía a una mujer atravesada en los párpados.

Michael Blackmoore no podía dejar de pensar en Rebecca Gellar. Se convenció de que la vería al otro día y le devolvería su pulsera.

Esa noche, Michael se durmió tarde.



Allan abrió los ojos con un sobresalto y sobre su conciencia cayó una tonelada de ladrillos con el nombre de «te quedaste dormido». Tanteó el hueco a su lado y el pánico le colmó los pelos al darse cuenta de que Jamie no estaba.

—Oh, Dios...

Salió disparado de la cama y corrió hasta la puerta para darse cuenta de que el pesado asiento estaba tumbado hacia un lado.



—¡Jamie!

Su corazón quería exiliarse por su garganta. Con pasos torpes, salió al pasillo. La casa estaba tan oscura que parecía la boca de un lobo. A tientas, logró encontrar los interruptores y la luz de la sala sirvió para iluminar el resto de las paredes cercanas.

No lo pensó dos veces. Fue por un cuchillo a la cocina, lo empuñó tras su espalda y se obligó a pasar una gruesa bola de saliva amarga. Despacio, se acercó a la puerta del baño que estaba entreabierta. Por inercia, apretó más el mango de la cuchilla, tomó aire y pateó la puerta con el pie. La luz de la sala se coló, tenue, hasta la mitad del piso.

Allan pisó agua y notó que se había inundado. Vio vidrios desperdigados por toda la zona y observó cómo el extremo de la cadena que formaba el collar caía vacío.

—¡No! —estalló la voz de niño.

—¡Jamie!?

Allan no podía más. Su cuerpo se tensionó en cuanto escuchó la voz lejana de su pequeño hermano.

—Reby, ¿qué hiciste!? ¿Dónde está mi hermano?

Dejó el baño atrás y comenzó a buscarlo, desesperado, por la sala. Se movió como un loco, regresó a la cocina, a la habitación de Jamie; revisó la de su madre, debajo de las camas y detrás de los muebles hasta que escuchó un amortiguado sonido musical.

—¡No, esa tampoco!

Se detuvo en el medio del pasillo. El ruido provenía de su propia habitación. Había una fina línea de luz que se colaba por el angosto resquicio entre la puerta y el suelo. El sonido era como un rasgueo.

El rasgueo de una guitarra.

—¡Esa! ¡Esa me gusta!

Allan apoyó una oreja en la puerta.

—¿Te la sabes?

—Un poco.

—De acuerdo. —¿Esa era la voz de Reby?—. Damas y... caballero, a continuación: *Sweet Child O'Mine*.



Allan escuchó, tenso, el aplauso de un solo par de manos seguido de los primeros acordes de la canción de los Guns N' Roses. Estaba a punto de entrar cuando escuchó que la letra empezaba a ser cantada... Y solo a Reby le pudieron haber regalado una voz así.

—«*She's got a smile that it seems to me reminds me of childhood memories...*»

Cuando sus dedos entraban en contacto con las cuerdas, solo ella podía hacer que una melodía tan rápida y brusca, sonara tranquila y armoniosa. Solo ella podía hacer que la letra, cantada de forma tan áspera, se escuchara dulce. Sí, solo ella podía darle la entonación y velocidad de una canción de cuna.

Allan tomó el pomo y lo hizo girar con lentitud. Abrió la puerta, despacio. Necesitaba un pequeño resquicio para mirar con un ojo.

Reby se había puesto una blusa con estampado floreado y unos pantalones cortos de mezclilla de su madre. Estaba de espaldas a él, sentada en el borde de su cama. Sostenía la guitarra en su regazo y estaba inclinada ligeramente hacia Jamie, que se encontraba sentado en el piso con las piernas cruzadas y la cabeza recargada en sus regordetas y pequeñas manos. La miraba hipnotizado, como si le hubieran extraído el cerebro.

Allan soltó una risita por lo bajo y de inmediato el sonido de la guitarra se detuvo. Reby guardó silencio y se volteó para mirarlo por encima del hombro. Él dejó caer el cuchillo y lo apartó con el talón antes de entrar. Ella le dedicó una radiante sonrisa que hizo brillar sus ojos de joya.

—Allan, vete de aquí, ¡interrumpiste a Reby! —se quejó Jamie de manera infantil.

—Enano, fuera. —Le hizo una mueca a su hermano y abrió más la puerta. Señaló el pasillo con el pulgar.

Jamie se levantó de un salto, ofendido.

—Pero...

—Fuera.

—Pero...

—Fuera.



—Pero, pero, pero, pero...

—Fuera, fuera, fuera, fuera...

—¡Ah, ya basta, los dos! —gritó Reby, al fin—. Jamie, cariño, puedo cantártela más tarde, ¿sí? —le prometió y le revolvió el cabello.

El labio inferior del niño comenzó a temblar en señal de que habría lágrimas, pero levantó la barbilla con altivez, como un hombre adulto, asintió con la cabeza y comenzó a avanzar hacia la salida. Se detuvo junto a Allan, le dio una patada en la pantorrilla y salió corriendo, no sin antes cerrar la puerta tras de sí.

—Maldita... —gruñó Allan y se agachó para sobarse... sabandijita.

Necesitó de un momento más para retorcerse en su jugo de cólera; después, cuadró los hombros y con dignidad se fue a sentar junto a Reby.

—Eres el ser más patético, engendrado sobre la faz de esta tierra.

Él le dedicó una sonrisa insulsa.

—Así me amas.

Reby volvió a tomar la guitarra y la apoyó sobre su regazo, para mirarla con aire contemplativo.

—¿Desde cuándo tienes guitarra? —inquirió con curiosidad.

—Desde que la compré.

—Sí, claro. —Reby puso los ojos en blanco—. Pero, ¿desde cuándo tocas?

—No lo hago. —Allan se encogió de hombros. Era lo único que iba a responder, sin embargo, Reby lo miró desconcertada e hizo la siguiente pregunta con los ojos—. La compré porque quería que tú me enseñaras... pero te fuiste.

Reby apartó el instrumento, como si de repente le incomodara demasiado el peso y esquivó la mirada de Allan para clavarla en su regazo. El silencio se expandió por la habitación como si fuera un elástico.

En las entrañas, él sintió que estaban a punto de tener una conversación que debían desde hace mucho tiempo. Se acomodó en





la cama, flexionó una pierna sobre el colchón y dejó que la otra colgara en un costado. Quería verla de frente.

—¿Por qué lo hiciste, Reby?

Una mueca tiró de los labios de ella y no fue capaz de subir el rostro. Nerviosa, comenzó a jugar con sus delgados pulgares y los hizo girar uno encima del otro. Con voz queda y vacía, dijo:

—He hecho muchas cosas. ¿A cuál de ellas te refieres?

—Sabes a qué me refiero.

Ella frunció los labios y pronunció un silencioso «no».

—¿Por qué te fuiste? —insistió, otra vez.

Reby soltó una risita histérica y lo vio directo a los ojos.

—Sabes exactamente el porqué.

Allan parpadeó y le sostuvo la mirada por un instante que se tornó eterno. Fue de una manera que cualquier ser humano encontraría incómoda al cabo de diez segundos e insoportable al minuto entero.

De pequeños, Allan y Reby solían competir para saber quién era el que aguantaba más tiempo sin parpadear. Solían alcanzar el minuto sin que a ninguno se le cayeran las pestañas o se le cocieran los ojos. Con el tiempo, lo perfeccionaron y formaron la costumbre de sostenerse la mirada sin necesidad de que la razón fuera una competencia. Pero a Reby le gustó más de la cuenta.

—Por mí —repitió y soltó un resoplido cargado de risa—. Por... ¿Por mí? —murmuró sin poder asimilar la respuesta y se clavó el pulgar en el pecho para señalarse—. Oh, vamos, Reby, creí que ya habíamos dejado claro ese asunto.

—Entonces, ¿por qué estamos teniendo esta conversación? —contestó un tanto herida por la reacción evasiva de él—. Preguntaste y ahí tienes tu respuesta. Ni siquiera tuve que abrir la boca, no soy responsable de tus reacciones negativas, Allan.

Por un instante, él sintió que la intensidad subía en el ambiente. Reby sabía que no hacía falta que Allan la viera de alguna forma en especial: los dos círculos de color chocolate que tenía alrededor de las pupilas siempre le parecían brillantes. Además, la inclinación de





sus oscuras cejas lo hacía lucir como si la estuviera retando a realizar algo, y la manera en la que su labio superior estaba trazado y finalizaba en las comisuras, le marcaba una ligera sonrisa. Aunque él no la esbozara, Allan siempre tenía una sonrisa en su rostro.

En ese momento, él no sonreía, pero parecía estar haciéndolo. Entre más enojado estaba, más apretaba la mandíbula y su curva facial se acentuaba. Lucía como un diablo sonriente.

Se dio un golpe en las piernas antes de levantarse y acercarse a las persianas. En ellas abrió un agujero con el índice y el pulgar y se fijó en el exterior nocturno. No observó nada en particular.

—¿Por qué volviste?

—¿Qué pasaría si te dijera que también fue por ti? —Allan se volteó, suplicante. Ella sonrió y negó con la cabeza—. No fue por ti. De haber sido por ti, ni siquiera habría salido esa mañana de la cama.

—¿Entonces...?

—Estoy harta. Por eso volví. —Se acercó a Allan en silencio y también se fijó en el exterior—. Ya me cansé de temerle al agua. Ya me cansé de imaginar que en cualquier momento puedo matar a alguien. Incluso... —Sin quererlo rozó a su amigo y escuchó cómo él tragaba el nudo que tenía en la garganta—. Incluso pude haberte matado a ti.

Él soltó la persiana y se volvió hacia ella. Le puso las manos encima de los hombros.

—Eso no es cierto. Estoy seguro de que ese día, muy en el fondo de ti, no querías...

—¡Claro que quería! ¿No lo entiendes aún? Quería matarte y todavía quiero hacerlo cada vez que me transformo. Si tú estás frente a mí, adiós. Te conviertes en el principal objetivo. ¡Por eso me fui, idiota! —Apartó sus manos con brusquedad—. ¡Eres demasiado importante para mí, como para darme el lujo de perderte!

Ella se apartó un par de pasos. Sus hombros temblaban por la rabia, por la impotencia y por el odio hacia ella misma. Allan quería acercarse, pero sabía que no debía que hacerlo. A menudo imaginaba que si tocaba a Reby mientras estuviera enojada, se





transformaría. Él creyó notar que sus ojos azules se habían vuelto un par de tonos más oscuros y sintió que su mirada se había vuelto tan fría que, inconscientemente, tuvo que dar un paso hacia atrás.

De pronto, algo se encendió en su cerebro y supo la verdad: le tenía miedo a Reby y siempre se lo había tenido. Siempre.

Ella cambió su expresión y su rostro se vació de toda pista de sentimientos. Era difícil saber si lucía cansada o decepcionada. Sus hombros se relajaron, pero sus manos permanecieron cerradas como puños, sin que ella se percatara del gesto. Parecía haber escuchado los pensamientos de Allan, por lo que dio la vuelta y fue hasta la puerta.

—De ninguna manera me quedaré aquí —dijo de espaldas—. Mañana en la mañana iré por mis cosas al bosque y buscaré al resto de mi familia...

—Reby...

—... si es que queda alguien. Sé que deberían estar aquí. Estoy casi segura de que puede haber alguien que me ayude con esto.

—Reby...

—Hasta entonces, no creo que nos volvamos a ver en un tiempo... por tu bien.

Allan se apresuró a alcanzarla. Logró meter la mano entre la puerta y el marco y evitó que la cerrara. Después, habló tan rápido que las palabras casi se atropellaron unas con otras.

—Yo sé dónde está tu familia.

Ella se detuvo en seco, sus hombros se volvieron a tensionar y se giró llena de asombro.

—¿Qué?

—Los Gellar. Sé dónde están.

—¿Te refieres al abogado y su clan de estirados? —Soltó un suspiro y su rostro volvió a perder brillo—. No, ellos no se transforman. Tampoco saben nada de mí ni de mis padres ni nada de esto. Son un mundo aparte.

Él se apresuró a agitar una mano.

—No, no, no. Yo me refiero a su hijo.



—¿Gerald?

—No, el otro.

Reby se cruzó de brazos y frunció el ceño. Creyó ser testigo de cómo su amigo se volvía loco frente a ella.

—Gregory y Sarah Gellar solo tienen un hijo —le recordó.

Su amigo negó con la cabeza.

—No, Rebecca. Apareció otro, Sebastian. Y antes de que preguntes cómo estoy tan seguro, te garantizo que es verdad. El tipo parece el clon de Gregory. ¡Incluso, se parece a ti! —Le clavó con delicadeza un dedo en la frente—. Haz de cuenta de que eres tú, con veinte kilos más de músculo, unos cuantos centímetros más de altura, cabello corto y entre las piernas un...

Reby alzó las manos para callarlo.

—¿Estás loco? —Se golpeó la sien con un dedo—. ¿Y qué si es igual a Gregory? Por mí podrá parecerse a la barba de Jesús, pero seguiré sin poder creer que sea otro hijo de esa familia. Su apariencia no determina nada. ¿Qué hay de esa loca que decía ser la princesa Anastasia? Es un mito, un vil mito.

Allan entró en su habitación mientras Reby hablaba. Ella notó, tarde, que también lo había seguido y, ahora, lo observaba buscar algo debajo de la cama. El chico sacó una polvorienta caja de zapatos. La abrió y arrojó su único contenido sobre el colchón.

—Si es un mito, ¿cómo explicas esto? ¿Eh?

Reby se fijó con desconcierto en la fotografía que estaba impresa en un viejo periódico.

—¿Es una burla? —inquirió con tono aburrido y señaló el trozo de papel.

—¿Qué quieres decir? —Él pasó de la satisfacción a la confusión en menos de un segundo. Le arrebató, con fuerza, el periódico para examinarlo.

Lo que encontró hizo que su cabeza se calentara tanto que la caldera del Titanic podría quedarse con el segundo lugar. Se suponía que debería haber una fotografía tomada *in fraganti* de Gregory Gellar y su hijo, Sebastian; pero en vez de eso, las caras de ambos



estaban modificadas con crayones de colores. Pequeños trazos infantiles habían dibujado grandes bigotes italianos, los labios se habían pintado de un extravagante rojo y, con amarillo, alguien había hecho toscas pelucas rubias. Los ojos reales de ambos caballeros habían sido remplazados por otro par, bizco y saltón.

Los dedos de Allan se crisparon y arrugó el papel hasta deformarlo y generar un acordeón. Estaba tan furioso que podía sentir el palpar de la vena de su sien. Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos con fuerza y gritó:

—¡Jamie, te mataré!

A lo lejos, se escuchó a Jamie chillar y decir algo como: «¡Le diré a mamá!».

Reby intentó contener una carcajada y vio cómo su amigo luchaba por retomar el control de sí mismo. Él masculló una sarta de groserías y trató de alisar el periódico. Lo volvió a arrojar sobre la cama y señaló el encabezado con tanta fuerza que su dedo se hundió en el colchón.

—Olvídate de la jodida imagen. Aquí está todo lo que necesitas saber. —Se apartó y dejó que Reby lo tomara para leerlo:

«La aparición del hijo desconocido».

El titular estaba a lo ancho de toda la página y el artículo hablaba sobre la polémica que había levantado, en todo Londres, la revelación del paradero del hijo que el famoso abogado, consentido por la farándula, Gregory Gellar, nunca había mencionado.

La fotografía no era rescatable y, más que una noticia objetiva, era una recopilación de chismes, de rumores y de supuestos que habían llevado a Gregory a ocultar la existencia de un segundo hijo.

Los ojos de Reby zigzaguearon con rapidez desde la cabeza hasta los pies de la plana. Cada vez que cambiaba de línea, los abría más por el asombro.

Según la nota, Gregory Gellar no estaba dispuesto a conceder ninguna entrevista y se empeñó en rechazar todas las invitaciones



de la prensa para esclarecer el escándalo. Solo argumentó, de manera textual, lo siguiente:

«Me gustaría que mi vida privada se mantuviera como lo que es: privada. Mi familia y yo estamos pasando por un difícil momento de ajuste. Les ruego que tengan respeto hacia mí y hacia los míos, y yo seguiré respetándolos. No haré más comentarios».

Reby se sentó con pesadez en el borde de la cama y levantó la vista en busca de Allan, que esperaba recargado contra la ventana con los brazos y tobillos cruzados.

Él abrió la boca:

—¿Recuerdas ese extraño árbol genealógico de tu familia que tus padres habían tardado años en construir?

Ella asintió.

—Tenía nombres encerrados con tinta roja —continuó él—. Esos nombres eran...

—Los miembros de la familia que podían transformarse —completó.

—Según el patrón de los círculos —había un dejo de emoción contenida en su voz—, un miembro puede nacer sin la capacidad de transformarse, no obstante, su hijo sí. Gregory no puede, Gerald tampoco, lo que nos deja con...

—Sebastian... —la chispa volvió a bailar en los ojos de Reby. Se levantó de un salto—. ¡Allan, eres Dios! —Corrió hacia él y lo tomó de las manos. Las agitó con alegría entre las suyas—. ¡Lo encontré!, ¡lo encontré!, lo... —Su energía bajó de súbito y soltó las manos de su amigo—. Demonios, ¿cómo lo encuentro? Seguro de que Gregory Gellar lo volvió a borrar del mapa para que no lo acosaran más.

Allan esbozó una sonrisa de autosuficiencia.

—No creas, las cosas ya se calmaron bastante. Esa noticia es de hace tres años. —Hizo una pausa para imprimir suspenso y fingió que se inspeccionaba el brillo de las uñas—. Y sé exactamente dónde encontrar a Sebastian.



CAPÍTULO 3

El dios del rock

—¿Estás seguro de que tu madre no notará que pegaste el espejo del baño con cinta adhesiva?

Allan infló las mejillas y soltó el aire que tenía guardado; hizo el gracioso ruido que hace un globo al desinflarse.

—Mamá casi nunca usa ese baño, tiene el suyo en su habitación. Las mujeres nunca quieren poner el culo en el mismo lugar donde los hombres lo ponen.

—Qué filosófico eres.

Allan conducía por una calle de West Harrow, muy cerca del borde verde del bosque. Reby, desesperada, había insistido en que necesitaba recuperar su maleta. Ahí tenía cosas muy importantes que no quería perder por un deslave a causa de las lluvias o por un ladrón.

Después de pasar un alto, Allan la miró de soslayo y frunció el ceño.

—¿Qué te pasa? Estás inquieta desde que nos subimos.

—Tu cama es muy incómoda, parece que duermes en una mesa quirúrgica: me duele la espalda.

Allan chasqueó la lengua.

—Te ofrecí el sofá de la sala y lo rechazaste.

—Sí, lo acepté. Llegó tu madre y te llamó «bruto nada caballeroso», ¿recuerdas? Luego te envió a ti al sofá y me dejó tu cama. —Volvió a revolverse en el asiento—. Está claro que nunca ha dormido en... —Reby no terminó la frase—. Oh, espera. Creo que es por ahí.



—Estiró su brazo por encima del volante e indicó una zona densa en vegetación.

—¿Cómo sabes que es por ahí? —Allan se orilló para aparcar.

—Huelo mi rastro.

El cielo de Londres, por lo general, era grisáceo y, en efecto, hoy también estaba gris. Reby siempre miraba al cielo y trataba de ocultar que estaba asustada o nerviosa, no obstante, Allan sabía lo que había detrás de sus ojos de zafiro y, por eso, llevaba una sombrilla en la mano.

Ella caminó hasta una cerca metálica, de medio metro de altura que marcaba la línea divisoria entre la tierra fresca del bosque y el asfalto. Ambos la observaron: sobre la red había un tenso alambre de púas. Reby se hizo para atrás, tomó impulso y, sin esfuerzo alguno, la saltó. Incluso tenía gracia y lo hizo parecer más fácil de lo que realmente era. Un arbusto se la tragó, sin embargo, luego de un momento, las ramas comenzaron a vibrar y Reby emergió de las hojas.

—Vamos, Allan. No tengas miedo. Muy probablemente salgas con algunos rasguños, termines sangrando y pierdas un ojo; pero no morirás.

Él soltó un resoplido sarcástico.

—¡Wow! Cómo me parto de risa. —Le lanzó la sombrilla y, luego, caminó hacia atrás—. Creo que olvidas que no todos los terrícolas tenemos las habilidades de Catwoman.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos como para tomar un buen impulso, flexionó las rodillas, se puso en posición de salto y se quedó estático un momento para persignarse con rapidez y murmurar alguna oración. Miró de soslayo hacia el cielo, parecía que le pedía a los ángeles cinco segundos de alas.

Reby puso los ojos en blanco y, gracias a ese pequeño instante, se perdió de la «gran hazaña» de Allan. Cuando volvió a fijarse en él, notó que estaba en una posición antinatural: tenía la boca sobre el arbusto, su cabeza estaba enterrada entre las ramas inferiores y una de sus piernas se había enganchado en el alambre de púas gracias al dobladillo de sus vaqueros.





Reby se premió con tres segundos de risa y, luego, sacó a su amigo del apuro. Allan se dejó caer boca arriba sobre las agujas de los pinos. Tenía la cara llena de finos rasguños y en los brazos se había ganado unos cuantos más, pero gruesos y cubiertos con sangre. Ella rozó con disimulo el dobladillo, ahora rasgado, de su pantalón.

Allan abrió los ojos, su vista estaba borrosa y sentía como si alguien le hubiera revuelto el tocino que había comido en el desayuno. Parpadeó varias veces hasta que logró enfocar a Reby que estaba inclinada sobre él y veía sus heridas con las cejas fruncidas por la preocupación.

—¿Tan mal estoy?

Ella se encogió de hombros.

—Puedes decirle a tu madre que te revolcó un perro chihuahua —se levantó y se alejó del campo de visión de Allan—, porque es justo lo que parece.

Allan se irguió y contrajo el rostro por una mueca de dolor. Empezó a cojear y trató de llegar a Reby:

—Eres ruda —Se sacudió las ramas de la ropa y se arrancó las hojas que se le habían atorado en el cabello.

Ella esbozó una media sonrisa diabólica.

—Está bien, lo siento. No le digas que te atacó un chihuahua. Dile que fueron dos.

Por un momento, olvidó el dolor punzante que castigaba todo su cuerpo y se echó a reír. ¡Dios, cómo la había extrañado! Su voz, sus expresiones, sus burlas, su ironía... Tal vez era una forma extraña de querer, pero no le importaba porque ella era de esas amistades que, aunque primero se ríen de ti y después te levantan, son capaces de zambullirse en un mar de sangre infestado de tiburones tigre para salvarte.

El bosque se espesaba a medida que se adentraban en sus entrañas. La tierra estaba oscurecida por las lluvias y el olor a humedad era denso y muy fuerte. El aire, por su parte, estaba invadido por los sonidos silvestres: había aves que cantaban en las ramas sobre sus cabezas y otras lo hacían desde un poco más lejos, sin embargo,





todas aportaban sus voces para la banda sonora del bosque. La música de fondo era el murmullo lejano de un río que parecía resonar desde todas las direcciones.

Caminaron hombro con hombro todo el camino. Recorrieron dos kilómetros, pero los sintieron como dos metros. No pararon de hablar ni por un instante y recordaron su infancia. Charlaron de cosas como que Reby lo defendía cada vez que se burlaban de él y lo llamaban «gordo mantecoso», debido a que había engordado bastante luego de la separación de sus padres. Ella sacó a relucir, también, la existencia de un par de fotos donde Allan, con dos años de edad, aparecía vestido de niña, rodeado de capas de encajes, listones y volantes. De inmediato, él le tapó la boca, a pesar de que no había un solo humano alrededor. Después, alegó que esas fotos estaban más malditas que la tumba de Tutankamón y compensó la guerra sucia con el recuerdo de que a su amiguita le encantaba comer lodo.

Cuando terminaron de masacrarse las dignidades, él desvió la conversación hacia temas más serios.

—¿Qué hacías en Francia? ¿Cómo te ganaste la vida todo este tiempo?

Antes de contestar, Reby bajó la vista a sus pies y esbozó una sonrisa melancólica:

—Tenía una banda.

Allan silbó con admiración y empezó a reír.

—Ya veo. ¿Asaltaban bancos?

—No, animal. A veces tocábamos en bares; otras, en clubes para *hippies* rechazados por la sociedad. —Soltó un fuerte suspiro—. Aunque la mayoría del tiempo, estábamos en un parque cerca de la torre Eiffel... —Hizo una pausa—. Oye, no me veas así, ¡teníamos una gran esquina!

Allan no se había dado cuenta de que su rostro reflejaba la lástima que sentía por Reby. No podía dejar de imaginarla mendigando por las calles, mientras rasgaba las cuerdas de su guitarra junto con una banda de exconvictos todos tatuados y perforados





hasta en el riñón que, mira tú qué casualidad, también sabían tocar instrumentos.

Se obligó a reventar la burbuja de imaginación que crecía sobre su cabeza, para volver su atención a Reby.

—¿Y qué era lo que tocaban?

—De todo. Hacíamos adaptaciones y ese tipo de cosas.

—¿La que le cantabas a Jamie era una de ellas?

—Sí, era una de... —Reby se interrumpió de súbito y se detuvo en seco. Alargó un brazo para detener a Allan.

—¿Qué...?

—Shhh. —Se llevó un dedo a los labios, tomó a Allan de la mano y lo arrastró por otro denso sendero que estriaba el bosque —. Hay algo. Está acechando.

Él miró hacia atrás, alarmado. De repente su corazón empezó a latir muy rápido.

—¿Qué es? —susurró con la voz trémula.

Ella alzó la cabeza, las aletas de su nariz se movían con rapidez: estaba olfateando el aire.

—No lo sé, un coyote tal vez.

Allan se estremeció, su estómago dio un vuelco. ¿Un coyote? ¿Acaso había coyotes en Londres? Se sentía timado por el gobierno. Todo lo que él sabía era que las bestias más peligrosas en esa isla eran las temibles ardillas. Nunca nadie mencionó que había «coyotes» en los bosques de las afueras de la ciudad.

—Hay varios en este bosque —le informó Reby, como si hubiera estado leyendo sus pensamientos—, los vi la primera vez que pasé por aquí.

—¿Est... está muy cerca de nosotros?

—Si no te apresuras, sí.

Allan tragó saliva de forma muy ruidosa. Trató de ir lo más rápido posible, pero Reby era demasiado veloz sin siquiera correr; además, sus pisadas no emitían ningún sonido cuando sus pesadas botas de motociclista aplastaban las hojas crujientes que estaban





sobre el piso. Su forma de caminar era precisa, fluida, elegante y ágil, como la de una bestia felina que trata de ocultarse antes de atacar.

En cambio, él parecía tener un altavoz en los pies y un micrófono en los pulmones.

Veinte minutos más tarde, llegaron a un claro. El murmullo del río ahora sonaba como un feroz rugido en el otro extremo del lugar y el sol de mediodía se asomaba, débil, entre un par de nubes oscuras. Al menos, eso era una buena señal: no llovería en las próximas horas.

Jadeante, él se agachó y apoyó las manos en sus rodillas. El miedo y la adrenalina le habían consumido todo el aliento.

Reby reconoció el lugar de inmediato y, como rara vez sucedía, agradeció tener el olfato de un animal. De no ser así, le hubiera tomado más tiempo encontrar la maleta y el estuche de la guitarra que estaban detrás de una enorme raíz sobresaliente, enterrada bajo varias capas de hojas caídas.

Reby se acercó al árbol y sacudió la suciedad que cubría a sus pertenencias. Comprobó el contenido y con una sonrisa de alivio regresó hacia donde Allan aguardaba, todavía tratando de recuperarse.

—Oye, ¿qué opinas de aventarte al río y regresar para que me llesves en tu lomo? —dijo en tono de broma.

Reby le lanzó una mala mirada por encima de su hombro.

—Claro, ¡qué gran idea, Einstein! ¿Trajiste sal y limón?

—¿Sal y limón? —repitió él, confundido.

—Sí, no creo que sepas bien sin sal y sin limón.



Lo único que había sido modificado en Dancey High era la doble puerta de entrada: antes era de cristal; ahora, de un latón reflejante. Los padres de Reby le habían dicho que cuando tuviera la edad suficiente, asistiría a esa escuela. Su propio padre era exalumno y a ella le encantaba escuchar sus anécdotas escolares durante la cena.



Pero ese y todos los planes de vida se habían ido a la tumba cuando él falleció. Contempló con anhelo frustrado el amplio edificio de ladrillos color terracota y con un parpadeo, desde la ventana del copiloto, le dijo adiós.

Se le cortó la respiración cuando vio que Allan giró el volante en dirección al aparcamiento. La incertidumbre la dominó y miró por encima de su asiento, como si quisiera comprobar que fuera verdad: en serio habían cruzado la entrada de Dancey High. Miró a Allan, interrogante.

—¿Qué hacemos aquí?

—¿No querías ver a Sebastian? —Acercó el auto hacia una plaza disponible.

—¿Estudia aquí? —exclamó, sorprendida.

—Trabaja aquí —corrigió él.

Ambos salieron del auto y caminaron hasta las amplias escalinatas principales. Reby sentía que su estómago se daba de bruces contra las paredes de su abdomen. Lo quisiera o no estaba muy nerviosa ante la idea de que, en unos minutos, conocería a una persona como ella. Todo este tiempo se había sentido tan sola: aun cuando sus padres estaban a su lado, aun si los siguiera teniendo en ese momento. No obstante, ellos no habían sido como ella y el hecho de que la habían aceptado y amado de forma tan profunda, no arrancaba la sensación opresiva de soledad.

Reby estaba tiritando, pero no por el frío del aire.

De repente, sintió una mano caliente deslizarse por la suya, que estaba helada, y le dio un apretón. Los labios de su amigo sonreían con suavidad.

—¿Estás bien? —Empujó la puerta con una mano y la sostuvo para que Reby pasara.

Antes de que ella tuviera la oportunidad de responder, Allan se volteó hacia un hombre con pinta de guardia. Estaba sentado en un viejo banco junto a la puerta y leía, muy despreocupado, una revista para caballeros con una portada escandalosa, de esas que confisican todo el tiempo en los casilleros.

—Vengo a ver a mi madre, Tom.

El aludido los miró un segundo, levantó un pulgar y enterró, de nuevo, la cabeza en su revista «científica».

—¿Tu madre? Creí que veníamos por...

—Mi madre es profesora de Literatura. —Se inclinó hacia Reby para poder murmurar; el pasillo vacío tenía demasiado eco—. Puedo entrar por ser su hijo. ¿Ves a ese hombre? —Señaló un instante al guardia por encima de su hombro—. Si le hubiera dicho que veníamos a ver a Sebastian, no pasaríamos de la puerta. Lo contrató el director por culpa de tu pariente, para evitar que los pasillos se infesten por la prensa. Ni Michael Jackson fue tan asediado.

—Ay, por favor. —Reby puso los ojos en blanco—. Eso es una exageración. Además, no parecía haberse dado cuenta de nuestra presencia hasta que tú le hablaste.

Doblaron en una esquina y se metieron en un camino que terminaba en un par de puertas metálicas, con una iluminación escasa.

—Te lo aseguro —respondió, convencido—. Mamá me contó que, una vez, los periodistas se disfrazaron de estudiantes e ingresaron con cámaras y con micrófonos ocultos dentro de las mochilas. Persiguieron a Sebastian por todos lados, incluso, el baño. Se tuvo que esconder en el armario del conserje... todo el día.

Reby bufó con fuerza.

—No comprendo qué tiene de interesante ese sujeto, ¿acaso le sale un cuerno de unicornio en la cabeza? —parloteó y se tocó su propia frente—. ¿Por qué vale la pena perseguirlo de esa manera? Si ya todo el mundo sabe que es el hijo de Gregory Gellar... ¿por qué tanta fascinación con él?

Se detuvieron ante las puertas y Allan abrió una de ellas. La luz que provenía del exterior era cegadora para ese pasillo oscuro. Por un momento, Reby lo vio todo de un blanco intenso y el único sonido que escuchó era el pitido constante de un silbato.

—¿Por qué no lo ves por ti misma?





Un fuerte olor a pasto húmedo se le coló hasta la garganta. Cuando sus ojos se adaptaron al picante brillo de la resolana, vio metros y metros de césped de un intenso verde: era un campo de *rugby*.

De inmediato, su atención fue atraída por los gritos y los vítores de un grupo de animadoras que se encontraba en un extremo del campo. Trataban de sincronizar una rutina sensual con el ritmo de una canción de las Pussycat Dolls. La música escapaba por los altavoces, distribuidos de forma estratégica. Se creaba la sensación de sonido envolvente, pero el ruido resultaba tan estruendoso que el corazón de Reby retumbaba con fuerza.

Ella recorrió el lugar con la vista y divisó a otro conjunto de chicas que realizaba ejercicios de calentamiento.

—Vaya... sí que tienen talento —dijo Allan, embobado con las porristas.

Reby alzó la mirada al cielo y puso los ojos en blanco.

—Vamos, Romeo, ¿dónde está Sebastian? —apremió con impaciencia.

Él masculló algo entre dientes. Luego, se colocó detrás de ella y le puso las manos sobre los hombros para hacerla girar en un ángulo distinto.

—Lo tienes frente a tus narices.

Los ojos zafiro de Reby lo encontraron y... adiós. Cuando sintió que sus rodillas cedieron por la impresión, agradeció que su amigo la tuviera agarrada con fuerza. Su estómago dio un violento y mortal vuelco, se sintió mareada. ¿Qué rayos tenían sus órganos? ¿Acaso se estaba muriendo?

—¡Dios mío, mujer! —Allan la sacudió para que recobrarla la compostura—. ¿Te digo qué parece? Una fan de Justin Bieber frente a Justin Bieber —dicho eso, rompió a reír en el oído de su amiga.

Ella pareció volver en sí y le propinó un codazo en las costillas.

—Ese... ese es... ¿Ese es Sebastian? —Lo apuntó con un dedo índice bastante tembloroso. Allan asintió con la cabeza e hizo que «sí» con el índice—. Santo Dios... Es como...



Los ojos de Reby seguían abiertos de par en par, clavados sobre la estructura humana que estaba parada más allá, una estructura de gran tamaño y cabello tan oscuro como un agujero negro. El cuerpo del hombre empezaba con unos hombros anchos e imponentes y disminuía de grosor hasta llegar a una cintura angosta. No poseía una complexión tosca, era delgado, atlético y con los músculos bien trabajados.

Caminaba con las manos apoyadas en la cadera, con elegancia, a paso lento. Daba largas zancadas alrededor del grupo de chicas que calentaba y, cada vez que hacía sonar el silbato entre sus labios, ellas cambiaban de ejercicio lo más rápido que podían.

—Es como... —repitió.

—Diablos, me estás volviendo loco. ¡Dilo ya!

—Es como un dios del *rock*.

—En realidad —el chico resopló con fingida exasperación—, solo es entrenador y, ya que estás en modo fan activado, ¿por qué no vas hacia allí y pides su autógrafo? —sugirió y la empujó, pero Reby se puso rígida y echó raíces en el suelo, a profundidades milenarias.

—¡No puedo! ¿Qué se supone que voy a decirle? —chilló, turbada.

El joven no desistió de arrastrarla hasta Sebastian, pero la fuerza de Reby resultó ser bestial para su complexión menuda y delgada.

—Fácil: «Hola, Sebastian. Tal vez las palpitations nerviosas de mi corazón te indiquen que soy la presidenta del Club de Acosadoras de Sebastian Inc. Pero, la verdad, es que soy la flamante prima que nunca creíste tener». ¿Qué te parece, eh?

Reby se zafó de él y lo encaró con el rostro ruborizado.

—Olvida todo lo que te he dicho. Te voy a comer en este mismo instante, ¿dónde están las regaderas?

—Oh, vamos, Catgirl. Tienes que acercarte a él de alguna manera. —Extendió su brazo hacia Sebastian—. Ayer te morías de ganas por conocerlo y ya lo tienes al alcance de la mano —Se interrumpió para observarla con afecto y apoyar una mano en su hombro—. Ve hacia el «dios del *rock*», yo estaré contigo.





Ella volteó de nuevo hacia a su primo, tragó saliva, suspiró y reunió el coraje suficiente como para comenzar a mover sus pies, que estaban mudos sobre el pasto. Sabía que Allan iba detrás, a una distancia prudente, lo escuchaba caminar, y eso era reconfortante.

Su irracional temor fue quedando atrás a medida que se acercaba y la altura de Sebastian se iba haciendo más grande, imponente, casi el doble de la de ella.

—Rosie, ¿necesitas ayuda en algo? —alzó su voz, una voz ronca, hacia una chica del grupo.

—N-no, entrenador —contestó la estudiante mientras su cara blanquísima pasaba de un rosa durazno a un rojo intenso.

—Creí que sí porque me miras desde que comenzó la clase. Concéntrate, por favor.

Reby llegó. Estaba justo detrás de su primo, no los separaban ni treinta centímetros. Tenía la vista clavada en el centro de su espalda porque era justo ese punto donde ella llegaba. El tipo estaba temblando, lo admitía. Podía ver la manera en que los laterales de su espalda se ensanchaban y encogían con cada respiración y percibía el aroma de su perfume masculino y el desodorante que utilizaba, con mayor intensidad.

Parpadeó un par de veces para concentrarse y abrió la boca para decir algo, pero Sebastian hizo sonar su silbato tan fuerte que Reby se crispó al escuchar el pitido tan cerca.

—Muy bien, una vuelta a toda la cancha y habremos terminado con el calentamiento.

Todavía no terminaba de recuperarse cuando el volvió a pitar, fuerte y sostenido. Su cerebro se turbó e hizo que se mareara. Un segundo después, un cuerpo duro se estampó contra el de ella y la hizo vomitar todo el aire concentrado de los pulmones.

Dos brazos hechos de hierro caliente la sostuvieron justo antes de caer y la pusieron derecha.

—¡Lo siento mucho! —La voz se disculpó—. No sabía que estabas detrás de mí. No fue a propósito, ¿te lastimé?





«Bueno», pensó Reby con alivio, «al menos él dijo la primera palabra».

Ella abrió los ojos y los levantó para encontrarse con los de Sebastian.

¡BAM!

«Dios, si él fuera mujer, sería hermosa», se dijo a sí misma; pero en su cabeza otra vocecilla impertinente le contestó:

«Se parece a ti».

Y, entonces, se sintió idiota.

Sebastian parecía tener los mismos problemas que ella con el aire. Él también tenía esa expresión de haber visto cómo una vaca era abducida por extraterrestres *plutarquianos*. No podía salir del shock, se notaba por cómo la recorría con la mirada.

Los ojos de turquesa estaban fijos sobre los de zafiro, como si vieran una aparición espectral y viceversa. Reby vio que él separaba los labios y tragaba aire para hablar. Pero lo que salió de su boca mató todo lo atractivo que ella había notado.

—¿Por qué tienes la cara así? —exclamó él, con el tono de haber visto en su reflejo un grano de proporciones volcánicas que le erucataba lava sobre la frente.

Reby no podía creer por qué demonios, de todas las preguntas que pudo haber hecho, elegía esa. Ella arrugó el ceño y se puso en modo de defensiva y de ataque.

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¡Es igual de grosero que yo te preguntara a qué cirujano plástico fuiste!

Sebastian pareció ofenderse, aunque se notaba que intentaba guardar la compostura.

—Señorita, yo nací con esta cara —declaró y señaló la nariz—. ¿De dónde ha sacado la suya?

«Este está chiflado»

—Del mismo lugar de donde salen todas las caras. Tú, grandísimo... —lo apuntó con un dedo acusador—, grandísimo... —De repente, se llevó las manos a la cara y gimió entre ellas. Respiró un par de veces hasta que su rostro volvió a emerger, libre de gestos—.



Maldición, lo siento —se disculpó en voz baja—. Soy Rebecca Gellar. —Le ofreció la mano, pero al ver que Sebastian la miraba desconcertado, desvió su ruborizado rostro y agregó con un suspiro—: Tu prima.





CAPÍTULO 4



La princesa vagabunda

Las pupilas de Sebastian se encogieron al tamaño de la punta de un alfiler, si es que acaso eso era posible. Él se había quedado con la mano a medio camino de sostener la de Reby. Había que admitir que se veía ridículo de esa forma, parecía un robot atascado por la falta de baterías. Estaba tan tieso que Reby pensó que le había dado una embolia en todo el cuerpo. Al final, el hombre dejó caer su mano contra el costado y sus párpados encontraron de nuevo la movilidad.

—Mi... ¿mi, qué cosa? —habló y entornó sus ojos.

—¡Hey! —Allan llegó de repente y saludó en voz alta. Se interpuso entre ellos y, sin previo aviso, tomó la mano de Sebastian y la estrechó con el entusiasmo suficiente como para agitarle todo el brazo—. Allan, amigo de la dama aquí presente, hola, qué tal.

Reby y Sebastian no le prestaron ninguna atención. El Gellar lo miró confundido, como si no supiera de dónde había salido: ¿ni siquiera había sentido que le movía el brazo!

—¿Qué? —dijo Sebastian y frunció el ceño con desconcierto—. ¿Quién eres tú?

Allan se fijó primero en Reby, luego en Sebastian y, por último, otra vez en Reby. Evaluó sus caras y pareció darse cuenta de la situación, aunque ya era bastante tarde.

—De acuerdo. Mal momento. Me voy.

—No. —Lo detuvo Reby con una mano en alza—. Quédate. —Se volvió a Sebastian—. Mira, lamento mucho la... impresión. —Hizo



una pausa para escoger sus palabras y, esta vez, su voz sonó amable, como alguien que está tratando de convencer a un gatito de que no le hará daño si se acerca—. Sé que no empezamos con el pie derecho, pero soy Rebecca Gellar: tu prima segunda, para ser más exacta.

Sebastian hizo una seña con los dedos y le indicó que lo esperara un segundo. Sin dejar de mirarla, se colocó su silbato entre los labios y lo hizo sonar. Las chicas a su cargo habían terminado de dar la vuelta a la cancha hacía bastante y, ahora, estaban reunidas en un rincón cercano, cuchicheaban sin dejar de lanzar miradas a su entrenador. El sonido del silbato las hizo dar un respingo, como si el secretito que compartían hubiera sido descubierto. Reby se fijó en que también había cuatro chicos, pero no parecían interesados en la charla femenina.

Sebastian se llevó las manos alrededor de la boca y formó un altavoz. Gritó:

—Cinco minutos de descanso.

Las chicas lo siguieron con la mirada mientras él volvía a acercarse a Reby. Ella se dio cuenta de que no la observaban de forma amistosa y notó el recelo en el aire. Por un momento, se sintió como una intrusa-roba-entrenadores-guapos.

—Vamos a sentarnos en las gradas —sugirió Sebastian y le puso, otra vez, una mano en la espalda para guiarla.

Reby juraba que sus desarrollados oídos escucharon salir un débil «perra» de la boca de una de las chicas. Se volteó, furiosa, y una de las estudiantes contuvo un grito ahogado y luego, giró la cabeza hacia el lado contrario, con inocencia.

—A ver —empezó Sebastian mientras se presionaba el entrecejo con el índice y el pulgar—, vamos por partes, ¿sí? —La miró con una intensidad que hacía resaltar el turquesa de sus ojos—. ¿Cómo es posible que tenga una prima y no lo haya sabido?

Reby recargó los codos en la grada que tenía atrás y se arrellanó.

—¿Tu padre no te lo dijo?

Él frunció el ceño y negó con el cabeza, inseguro.

«Claro, Gregory es un infeliz», pensó Reby.





—No me sorprende. Todos nosotros sabíamos de Gregory y su familia de «tres», pero él nunca quiso saber nada de nosotros. Mi abuelo, que era hermano del tuyo, lo conocía. Incluso mi padre intentó contactar con él y, cuando lo logró, ¿sabes que hizo Gregory? Lo repudió. Tienes un padre muy arrogante y en exceso prepotente.

Sebastian estaba tenso y se notaba el esfuerzo extra que hacía por procesar, de buena manera, toda la información:

—Él ya no es así —aclaró.

—Pero tampoco te habló de nosotros. —Soltó un resoplido de risa—. Se sigue avergonzando.

—Le está costando trabajo, ¿de acuerdo? —Sebastian se puso a la defensiva y sus ojos se volvieron una llama azul, pero debió ver algo en la expresión de su prima que lo calmó.

Ella se inclinó hacia adelante y habló en voz baja:

—Escucha, Sebastian, no vine aquí para criticar a tu padre, que aun así tiene la culpa, ya lo verás. —Cuadró los hombros—. Él te oculta información, te ha ocultado nuestra historia, siglos y siglos de generaciones con el mismo mal que tú.

Sebastian le sostuvo la mirada sin inmutarse, pero tenía apretada la mandíbula con tanta fuerza que un músculo de su mentón vibró. Se puso de pie con tanta brusquedad que si hubiera estado sentado en una silla la hubiera tirado por el movimiento.

—Lo siento, no sé a qué te refieres. —Dio la vuelta y empezó a caminar hacia el campo—. Tengo trabajo en este momento.

—Psst, oye Reby, se te escapa —susurró Allan, muy entretenido.

Ella se levantó y frotó sus manos como si estuviera sacudiendo el polvo que no tenían.

—¿Quieres que traiga una manguera y te muestre a lo que me refiero? —gritó con fuerza.

Sebastian se petrificó justo donde estaba, pero un segundo después siguió caminando hacia su equipo.

—¿O prefieres que empiece a llover?

—Eh, buena esa —aprobó Allan desde su asiento en las gradas.



—¿Tu mami te compra bolas de estambre o te consigue un enorme antílope cuando te conviertes en un...?

Reby tuvo que interrumpirse de inmediato. Sebastian había plantado los talones en el pasto y giró con tanta furia que hizo dos marcas en el suelo. Se dirigía a ella con paso airado; sus ojos estaban entornados y fieros, tanto que a la distancia los veía destellar. Parecía un ángel poseído por un demonio.

—¡Uh! Bien hecho, Rebecca Gellar. Ahora viene a patearte el trasero y a partirte toda la cara.

Reby soltó una risilla nerviosa:

—No ayudas, Allan.

La joven levantó la barbilla con altivez y trató de permanecer firme, pero lo cierto es que comenzó a retroceder para llegar más arriba en las gradas, como si eso fuera a impedir que Sebastian la alcanzara.

Él empezó a subir, imparable. Sus pasos hacían resonar el metal de las gradas y ni siquiera podía ver por dónde venía. Su porte y equilibrio eran extraordinarios. Reby no pudo evitar sentirse complacida.

«Alguien como yo».

Ella llegó a la parte más alta y él se quedó unas cuantas gradas más abajo. Estaban al mismo nivel, cara a cara.

Sebastian la apuntó con su largo índice.

—¡Tú! ¡Cómo sabes que el agua...! Que yo... que yo... —gesticuló con la boca, pero las palabras se le quedaron atoradas.

Ella envolvió su dedo con la mano y lo bajó con lentitud, sin que él opusiera resistencia.

—El agua me hace cambiar de forma —contestó a media voz y, con un susurro, siguió—: soy como tú.

Las palabras conmocionaron a las facciones estéticas y marcadas de Sebastian. Parecía que le hubieran revuelto las tripas. Miró a Reby con ojos turbados.

—Eres... eres... Oh, Dios mío... —murmuró y se llevó ambas manos a la cabeza—. ¡Dios mío!



Él se había turbado, pero Reby aún tenía que cumplir su objetivo. Se apresuró a hablar y tapó las palabras incomprensibles de su primo.

—Sebastian —dijo y trató de llamar su atención, pero él se había perdido en un mar de pensamientos—, sé que es mal momento, pero en serio tengo que hablar contigo. —Él no entendió lo que ella decía, pero de todas formas negó con energía—. Hay algo que tengo que mostrarte...

—Ahora no. —Se volteó para bajar las gradas con urgencia.

—Por favor, Sebastian. —Reby sonó desesperada y trató de pisarle los talones—. Es importante... ¡Es importante para los dos!

—Lo siento, Reby —replicó y se compuso tras un discreto carraspeo—. Ahora no puedo hablar contigo, estoy trabajando.

Reby dejó de seguirlo.

—¿Seguro que no quieres saber nada de tus antepasados?

Él no respondió, pero ella notó que apretaba los puños.

—Sebastian —pronunció con tono suplicante y lo persiguió a través del campo—. Sebastian, por favor, ¡podemos deshacer esto...!

—Escucha, Reby —dijo él y se detuvo para mirarla—. No podemos hablar en este momento.

Reby abrió la boca, sin embargo, no consiguió objetar nada. Bajó la cabeza y Sebastian notó la expresión dolida que tenía en el rostro. La lanza de la culpabilidad lo atravesó por un momento. Puso las manos en su cadera y echó el cuello hacia atrás para girarlo un par de veces, como si quisiera liberarse de la tensión.

—De acuerdo —convino él—, ¿tienes dónde anotar?

—¿Qué? —Reby se palpó los bolsillos de sus vaqueros de forma automática y lo miró, confundida—. Oh...

Sebastian buscó en los bolsillos de sus pantalones deportivos y sacó una pequeña agenda cuadrada y un flamante bolígrafo Montblanc. Con rapidez, se lamió un par de dedos para que le resultara más sencillo pasar las primeras hojas que ya estaban llenas de apuntes y garabatos.





—De acuerdo, muy probablemente no me encuentres hoy, pero mañana a partir de las doce estaré en casa todo el día. Debo poder el césped... —masculló con la tapa del bolígrafo entre los labios y anotó algo a toda velocidad—. También te voy a dar mi número de móvil. —Arrancó la hoja y se la ofreció a Reby, pero, antes de que ella pudiera tomarla, él la alejó y la sostuvo entre dos dedos—. Y una última cosa: no debes, no puedes y te prohíbo que le enseñes esto a alguien más. ¿Está claro?

Reby estiró un brazo y se la arrebató, luego la dobló a la mitad y se la metió en el bolsillo trasero. Aún le daba gracia lo pequeño que se veía el anotador en su gran mano masculina.

—Claro.

Tomó la mano de Sebastian y la acomodó en la suya para estrecharla. La agitó y la movió por él.

—Hasta entonces, primito. —Soltó su mano y empezó a alejarse, caminando de espaldas—. Linda cara, me gusta. —Guiñó un ojo.

Sebastian, desconcertado, enarcó una ceja negra antes de darse cuenta de la ironía. Su boca esbozó una sonrisa ladeada, muy propia de los Gellar.

—Igualmente.

Antes de darse la vuelta y salir del campo, Reby esbozó una ligera mueca e hizo cuernos roqueros con los dedos. Casi podía sentir un ardor en la espalda a causa de todas las miradas, furibundas y celosas, de las adolescentes enamoradas de su entrenador.

Allan la esperaba recargado junto a la entrada, tenía los brazos cruzados y la expresión en su cara mostraba más aburrimiento que metas en la vida. Pareció revivir cuando Reby se acercó a él: se endebezó de inmediato y dio un par de palmadas animadas.

—¿Y? ¿Qué conseguiste?

—Su autógrafo. —Ella salió por la puerta.

—Oh, diablos, Rebecca —la siguió—, ¿tú también?

Reby echó la cabeza hacia atrás y soltó una risa que reverberó por las paredes del pasillo, sacó el papel de su pantalón y lo agitó, sin dejar de caminar.



—Claro que no, después me limpiaré el trasero con esto. No sé por qué todos parecen adorarlo, me hizo batallar. Qué sujeto tan desconfiado.



Pegajosa, olorosa y viscosa.

La baba de gorila se escurría, despacio, por la sien de Michael. El impacto por haber sido atacado con esa porquería lo había dejado con los hombros encogidos. No obstante, el enojo llegó pronto. Arrojó los hierbajos que había estado arrancando y se levantó al tiempo que se pasaba la mano para sacudirse el escupitajo. Clavó sus furibundos ojos color oro y miró las ramas del árbol. Los pequeños gorilas echaron sus labios hacia atrás y mostraron sus grandes encías en gesto burlón.

—Ja, ja, ja. ¡Qué gracioso! —Los apuntó con el dedo y los jóvenes gorilas se alborotaron—. ¿Quién de ustedes fue? ¡Son una banda de delincuentes juveniles!

Uno de ellos, el más pequeño, aplaudió con torpeza y agitó la cabeza. Luego, se colgó de una rama y comenzó a escapar hacia la parte más alta del árbol.

—Mongo, eres mono muerto —le dijo de forma juguetona mientras se quitaba los guantes de jardinería y corría hacia el tronco.

Michael asió con fuerza los relieves de las ramas y, con rapidez, se impulsó con las piernas para trepar, sentía que sus músculos se hinchaban con cada movimiento. En cuanto los gorilas vieron que iba en serio, armaron bulla y se dispersaron por diferentes ramas.

El vándalo en cuestión no se fue demasiado lejos y dejó que Michael se acercara. Había encontrado una bellota con la que golpeaba la rama que lo sostenía: era una clara señal de que el travieso gorila se la lanzaría como un proyectil.

—Mongo, no. —Se afirmó sobre una gruesa rama con forma de letra Y. Suspiró y le habló como quien le advierte a un niño que no debe correr porque se caerá—. Dame eso. —Estiró una mano





para arrebatarle la bellota, pero el animal chilló y le puso una de sus arrugadas manos sobre la frente para detenerlo y alejarlo aún más la bellota—. ¡Oh, Mongo, mira! —Señaló algo por encima de sus cabezas.

El gorilita volteó y él tomó impulso para dar un pequeño salto y arrebatarle el arma —¿blanca?—. Los ojillos del gorila se abrieron por la sorpresa y empezó a gritar. Michael podía diferenciar todos los estados de ánimo de los animales, por lo que sabía que, ahora, Mongo hacía un berrinche.

—Ya, ya amiguito. *Hakuna matata*¹. Recuerda a tu tío, el buen Rafiki. —Se rio entre dientes y se jactó por su victoria.

—Eh, Tarzán. Te buscan en la casa de los felinos —le avisó uno de sus compañeros desde la entrada al santuario de gorilas, lucía nervioso y muy agitado.

Michael sintió que se movía el suelo al notar que Reby era lo primero que se dibujó en su mente. ¿Acaso sería ella? ¿Habría regresado por su pulsera? Sin dudar, se puso en acción. Se agachó para descolgarse y quedó sujetado solo con los dedos, luego, se dejó caer y repitió la operación con la rama que estaba más abajo. A dos metros del suelo, se soltó y cayó en cuclillas.

Él notó que la multitud lo miraba y lo señalaba desde el mirador que había en el recinto, pero los ignoró. A toda prisa, fue trotando hasta la puerta de acceso restringido. Una vez fuera, metió la mano en uno de los bolsillos de su cinturón de herramientas y sacó con cuidado el delicado accesorio de oro que la joven había perdido. Lo encerró en su puño y se dirigió hacia la casa de los felinos.

De inmediato, se dio cuenta de que la multitud de visitantes caminaba en sentido contrario: se dirigían a la salida. ¿Ya se marchaban? El día todavía no alcanzaba las diez horas, ¿por qué todos se iban tan temprano?

¹ *Hakuna matata* es una expresión en suajili que se puede interpretar como «vive y sé feliz».





Michael aminoró la marcha para observar mejor a las personas y notó que salían por las pasarelas que serpenteaban a los diferentes hábitats. También, advirtió la presencia de algunos guardias de seguridad que hacían señas y trataban de dar indicaciones a los turistas para evacuarlos de forma eficiente hacia las salidas de emergencia, por encima del enorme murmullo generalizado.

—Mami, ¿qué pasa? ¿A dónde vamos? —preguntó un niño que caminaba de la mano de una mujer y que sujetaba un león de peluche de los que vendían en la tienda de regalos.

Los niños lucían decepcionados, los más pequeños lloriqueaban y los adultos parecían ansiosos por irse.

¿Qué diablos estaba pasando? ¿Una alerta por incendio?

Para cuando Michael llegó al túnel que daba acceso a la casa de los felinos, los visitantes ya habían sido evacuados del zoológico, sin embargo, podía escuchar varias voces lejanas que provenían desde el interior del hostil hábitat.

Billy Byron estaba encerrado en medio de un apretado círculo de reporteros de diferentes televisoras que vociferaba varias preguntas que salían disparadas casi al mismo tiempo. Los periodistas le encajaban los micrófonos en la cara y lo presionaban para hablar.

Tras la primera ronda de personas había una segunda capa, pero de camarógrafos, que hacía la situación aún más sofocante. Michael sabía que Billy Byron odiaba ese tipo de situaciones. Su jefe se notaba incómodo y no paraba de sudar, más por el hecho de que parecía que los reporteros lo habían empujado frente al santuario de las panteras para buscar la toma deseada.

Otros, filmaban a los leones para usarlos como fondo televisivo. Aprovechaban que los enormes animales estaban nerviosos e iban de un lado a otro.

—¿Qué ocurrió con la pantera después de que la trajeron al zoológico?

—Bueno, verá —empezó a contestar Billy Byron e intentó ocultar el tono tembloroso que tenía su voz, pero el esfuerzo hacía temblar sus mejillas regordetas—, se procedió con el chequeo médico



rutinario, por parte del veterinario, y... —Miró por encima de los reporteros y al ver a Michael abrió los ojos de par en par—. ¡Michael!

Nada más verlo, se apartó de los reporteros con cierta dificultad y fue hacia Michael con una vaga sonrisa de alivio. La gente de las noticias lo siguió de cerca y no paró de realizar preguntas ni por un segundo.

—Justo quien nos puede despejar todas las dudas. —Billy anunció con un vozarrón.

Tomó del brazo a su empleado y lo arrastró hacia el tumulto de impertinentes como quien arroja a un delincuente dentro de su celda. El círculo de cámaras y micrófonos se cerró en torno a ambos; pero Billy Byron se zafó al decir que Michael era el encargado del mantenimiento de la casa de los felinos, el oráculo que tenía todas las respuestas sobre la pantera rescatada y que, ahora, se encontraba desaparecida. Luego de eso, se esfumó.

«Hijo de mandril», pensó Michael, resentido, al ser abandonado.

De inmediato, las palabras de su jefe golpearon a su comprensión como si de un mazo de roca se tratara: ¿la pantera nueva había desaparecido?!

Las preguntas empezaron a caer sobre él y sintió que era aplastado por un montón de ladrillos. No podía entender nada si le hablaban todos al mismo tiempo, y, por si fuera poco, no sabía a quién contestar. Por primera vez en su vida, deseó que el tiempo se detuviera para que pudiera comprender lo que estaba sucediendo. Poco después, entendió por qué la gente estaba siendo evacuada. El personal de seguridad temía que la bestia estuviera suelta en algún lugar de las inmediaciones. El zoológico estaba bajo una total alerta roja.

El sudor frío empezó a manar y a escurrir por su espalda al imaginarse que la pantera suelta podría atacar a algún niño:

«Mierda».

Michael miró ansioso a todos los reporteros y giró sobre su propio eje. Quería salir corriendo a buscar al animal y evitar una desgracia.

—¿Desde cuándo usted...?





- ¿Tiene idea de dónde...?
- ¿Conoce los pormenores de...?
- ¿Quién fue el...?

Las preguntas lo agujijoneaban por todos los flancos y no terminaba de escuchar ninguna debido a la superposición de voces. Todo era una gran complicación. En su mente, Michael maldijo a su jefe. Sentía que Billy Byron le había fundido el cerebro y, por su culpa, no se le ocurría nada bueno para contestar. Tal vez, solo lo estaba usando como chivo expiatorio.

La integridad del zoológico estaba en peligro y si todo se iba por el drenaje, entonces le podían echar la culpa a Michael ya que, después de todo, él era el encargado de la pantera.

«Billy, hijo de puta, malnacido».

Respiró de forma profunda y entrecortada, cuadró los hombros para las cámaras y decidió encarar las preguntas: algo bueno se le iba a tener que ocurrir.



—¡Maldita sea!

Reby sabía que las rejas del zoológico no se abrirían, pero las pateó de todas formas con su gastada bota de motociclista.

«Cerrado».

El zoológico tenía las puertas cerradas y ella no alcanzaba a ver ni un solo alma, dentro. A lo lejos escuchó los gritos solitarios de los monos aulladores y algunos cantos ahogados de las diferentes especies de aves. Su pie seguía contra los barrotes y lo deslizó hasta que volvió a tocar el suelo. Se acercó a la placa de anuncios y leyó con rapidez el cartel en busca de información:

«Abierto de 8:00 a 19:30».

Miró el cielo, se estaba poniendo de un gris opaco. Aunque no llevaba reloj, sabía con certeza que no pasaban de las seis de la tarde. Entonces, ¿por qué demonios estaba cerrado?





Reby soltó un suspiro y miró por encima de su hombro, tampoco había gente afuera, a pesar de estar en el enorme Regent's Park. Una vieja y conocida sensación de abandono volvió a asaltarla. Miró sus manos: en una cargaba su maleta con la poca ropa que poseía y en la otra asía el estuche de cuero, desgastado y raído, de su guitarra. Pensó en cómo reaccionaría su amigo Allan cuando encontrara la nota que había dejado sobre su cama mientras él salió en busca de comida y Jamie dormía una siesta.

Un horrible espasmo apretó su pecho. Se sentía culpable hasta los huesos por haberse ido a escondidas después de todo lo que Allan había hecho por ella. Sin embargo, prefería ser odiada por su mejor amigo a hacerle daño y a poner su vida en peligro.

«Soy un monstruo».

Con pesar, arrastró los pies hasta una banca cercana a la reja del zoológico. No quería irse porque tenía una reliquia familiar que recuperar y necesitaba cazar al chico que podía dársela. Abrió su golpeada maleta y sacó un holgado jersey de punto, color azul, con el que se cubrió. Reby sabía que pasaría un frío infernal en la medida que avanzara la tarde ya que la temperatura bajaría.

Subió los pies a la banca y se abrazó las rodillas contra el pecho para guardar mejor el calor.

«Bueno, al menos parece que no lloverá».

Sus ojos empezaron a nublarse y enterró el rostro contra sus muslos cuando sintió que las lágrimas calientes ardían en sus lagrimales helados a causa del viento. Recordó a sus padres: su madre solía arroparla con una frazada suave cuando hacía frío y su padre entraba a su habitación para abrazarla cuando había tormentas que la asustaban. Incluso, a veces, él tomaba su guitarra y tocaba una dulce canción de cuna que calmaba a la pequeña Reby.

Ahora que sus padres ya no estaban, no tenía ningún lugar a donde ir, otra vez estaba sola. No le habían dejado nada más que una maldición asesina...





—Billy, estoy hasta el carajo de este día. Me voy, nos vemos mañana. —Michael se terminó de ajustar las mangas de su chaqueta de cuero y se dispuso a salir de la oficina de su jefe.

—Eh, no tan rápido, Michael Arthur Phillip II Blackmoore —lo llamó Billy desde el asiento, había estado bebiendo demasiado coñac y ya se notaba que arrastraba la lengua—, sé por qué estás molesto. De verdad, te debo una, hijo.

Michael esbozó una media sonrisa burlona y se dio la vuelta para mirarlo.

—Billy, ya me debes muchas. Si me pagaras por cada vez que me dices eso, ya le podría comprar Buckingham a la reina.

El viejo estalló en una hosca carcajada.

—Malditos medios de comunicación, ¿viste eso? Estuvo cerca, casi nos clausuran.

Con pesar, Michael entornó los ojos. Le irritaba que su jefe estuviera borracho en ese preciso momento. El zoológico se mantuvo cerrado todo el día para que el personal de seguridad buscara a la pantera, pero no la pudo encontrar. Todos los empleados estaban al borde de un ataque de nervios, excepto Billy Byron, por supuesto.

Michael había persuadido a la prensa de que la pantera se encontraba en tratamiento veterinario, bajo cuarentena. No obstante, era consciente de que el zoológico no podía mantener esa mentira por mucho tiempo ya que los noticieros volverían por noticias jugosas sobre el animal. Además, él no descansaría hasta saber qué había pasado con la bestia y cómo era posible que no hubiera rastros de ella.

Lo peor de todo el asunto era que Michael jamás había visto a la pantera. Se había enterado que estaba, por casualidad, ya que todos hablaban de ella, pero él jamás se la topó dentro del santuario, lo que era, en exceso, extraño.

—Adiós, Billy.



—Espera, antes de que te vayas... —Lo detuvo antes de que abriera la puerta y empezó a buscar algo dentro de uno de los cajones laterales que tenía su escritorio. Como no lo encontraba, masculló una sarta de groserías.

Al final, cuando lo obtuvo, deslizó sobre su escritorio un estuche de CD.

—¿Una película porno?

—Ya quisieras, ¿verdad? —Estalló en carcajadas—. Claro que no, muchacho. Pedí que me trajeran la grabación de la cámara de seguridad del recinto de las bestias para analizarla personalmente, pero... —Alcanzó la botella medio vacía de coñac y la empujó sobre su vaso de cristal tallado.

—Descuida. —Se apresuró a guardar el CD en el bolsillo interior de su chaqueta y salió a toda prisa de la sofocante habitación.

—¡Espero que no te pongas demasiado cachondo con el porno! —escuchó gritar a Billy tras la puerta cerrada y sus desagradables carcajadas reverberaron por el pasillo.

Michael rodó los ojos. Lo único que quería era salir de una vez por todas.

Afuera ya había oscurecido y el aire frío hacía que le ardieran los pulmones al respirar. Se subió el cierre de la chaqueta hasta a la altura del cuello y metió una mano en el bolsillo delantero de sus vaqueros; en la otra, sostenía su casco. Salió por una puerta lateral que era solo para empleados y dio un rodeo para llegar hasta donde había estacionado su motocicleta.

Se detuvo en seco.

La amarillenta luz de una farola iluminaba una pequeña figura agazapada en una banca junto a la entrada del zoológico. Michael se acercó, hipnotizado por la cascada de cabello negro que se derramaba fuera de la banca: era tan largo que casi tocaba el suelo.

Caminó despacio, tan despacio que sus zapatos no hicieron ruido alguno. Tenía un presentimiento, una especie de *déjà vu* que hizo que su corazón se acelerara al observar a la pequeña chica que estaba acostada de espaldas a él, sobre un costado de su cuerpo. A



pesar de que sobraba mucho espacio en la banca, ella tenía sus piernas encogidas y se abrazaba a sí misma con mucha fuerza, el frío debía estársela comiendo viva porque temblaba demasiado.

Michael notó que a los pies tenía una maleta y reprimió las ganas de moverla. Se colocó el casco bajo el brazo y se inclinó un poco más sobre ella. Ella parecía dormida y él quiso ver el perfil de su cara. Su piel era muy blanca y...

—¿Reby?

Ella abrió los ojos y lo miró bajo esa luz mortecina. La cercanía de Michael la hizo pegar un grito y, de un salto, se incorporó. Él retrocedió y levantó las manos para apaciguarla debido a que lucía agitada.

—¡Tranquila! Reby, soy yo. Michael. —Ella entornó sus ojos, tan azules que parecían dos lagunas negras, y lo escrutó con rapidez—. ¿Me recuerdas? —preguntó él, con voz queda. Sabía que le había dado un susto de muerte y se sentía muy mal por eso.

—Sí. —Se llevó una mano al pecho y logró estabilizar sus latidos—. Sí, me acuerdo. —A su alrededor, todo estaba oscuro, solo los charcos de luz generados por las farolas iluminaban los caminos del parque—. De hecho, te estaba esperando.

Michael esbozó una amplia sonrisa. Volvió a meter la mano en su bolsillo al sentir que el frío se la castigaba.

—¿De verdad?

—De verdad. Pero no sonrías así, vengo a pedirte mi pulsera —pidió con calma.

Él la miró durante unos segundos y, luego, fijó la vista en la maleta y en el estuche de la guitarra.

—¿Te vas de viaje? —Apuntó sus pertenencias con un gesto de la barbilla.

—Dame mi pulsera, por favor —insistió.

Michael la observó de pies a cabeza: sus botas eran toscas, con un aspecto demasiado rudo, y hacían que sus piernas parecieran dos palitos de helado; además, su *jersey* era muy holgado y se veía como una niña pequeña que usaba la ropa de un adulto.



—¿Te quedaste dormida mientras me esperabas? —No pudo evitar sentirse enternecido por un segundo—. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

—No te preocupes, solo dame mi pulsera. —Extendió una mano para apurarlo a que se la diera.

—¿Y tu amigo? —Lo buscó con la cabeza—. ¿Estás aquí sola?

—Michael...

—De acuerdo. Está bien, tranquila. —Se sentó junto a ella. Los brazos de ambos se tocaron y Reby tuvo el reflejo de distanciarse, pero el apoyabrazos de la banca se lo impidió. Michael rebuscó en uno de sus bolsillos—. Ya te la doy... —Logró agarrarla y la sacó en la palma de su mano—. Aquí la tienes.

Las puntas de los dedos de Reby rozaron su palma cuando tomó la pulsera, estaban helados. Él la observó sacar una mano de las mangas del *jersey* y vio cómo se ajustó la pulsera alrededor de la muñeca con el pequeño broche. Michael notó que su delgado cuerpo se tensó con incomodidad o, quizá, volvió a temblar por el frío. Decidió que no era momento para preguntarle por su pequeña «broma», seguramente quería llamar la atención.

«¿Ponerle su pulsera a una pantera? ¿Está loca?».

—Gracias, eso era todo.

Era claro que ella quería que la dejara sola, pero él tenía muchas dudas y no quería irse sin tener alguna respuesta.

—¿Te quedarás aquí? —preguntó.

—Claro que no —contestó Reby, ofendida. Sin embargo, él tenía razón, ella no tenía a donde ir.

—¿Esperas a alguien más? —insistió, curioso.

—Sí, mi amigo Allan vendrá por mí en un momento. No hay problema, tú ya deberías irte.

Tal vez fue por el temblor en su voz, tal vez, por el hecho de que Reby evitaba mirarlo a los ojos y estaba concentrada en sus pequeñas manos que descansaban sobre sus rodillas... pero, por lo que fuera, Michael supo que estaba mintiendo.

«¡Demonios, qué misteriosa!».



—Está bien. —Entendía que no podía forzarla a hablar. Se levantó de la banca y se pasó el casco de una mano a otra—. Te dejaré en paz. Espero que tu amigo no tarde demasiado, hace demasiado frío esta noche. Se puede ver nuestro aliento.

Sin saber qué más decir o hacer, Michael siguió su camino. ¡Maldición! Se sentía muy intranquilo.

Cuando estuvo lo bastante lejos, se volteó. Reby seguía ahí, inclinada sobre su maleta, buscando algo. Sacaba algunas prendas y las volvía a meter, como si quisiera encontrar algo más decente para cubrirse del frío. Michael supuso que no halló lo que quería porque cerró su valija de un golpe y regresó a la banca, sin ninguna otra cosa encima. Pronto, comenzó a toser y se abrazó a sus piernas, como si su vida dependiera de eso.

Michael caminó hasta la farola donde había dejado su moto. Se puso el casco, pasó una pierna por encima del asiento, giró la llave dentro del contacto e hizo rugir el motor. Sus propios pensamientos lo asustaban, no lo dejaban irse a pesar de que sus manos asían el manubrio y giraban el acelerador.

Le daba miedo pensar en Reby.

Ahí, sola.

Hacía tanto frío. Y estaba indefensa...

«Mi amigo Allan vendrá por mí en un momento». Sí, claro.

Subió el pie en el estribo, dio la vuelta y se marchó.



—¿Dónde te estás hospedando? —Dijo, de pronto, alguien que llegó en motocicleta.

El hombre apoyó un pie en el suelo y se quitó el casco de la cabeza: era Michael. Reby no lo podía creer. Bajó los pies de la banca y enderezó la espalda.

—Oye, ¿y a ti qué te importa?

—Ya déjate de eso, nadie vendrá por ti.





Ella abrió la boca medio sorprendida, medio ofendida, medio para objetar:

—¡Claro que sí! —se limitó a decir—. Tonterías, trae tus cosas y dame una dirección, te llevaré. —Michael se pasó una mano por el cabello, estaba perdiendo la paciencia.

—No.

Él apagó el motor de la moto, se bajó y se plantó enfrente de ella. Era tan alto y ancho de espaldas que Reby tuvo que ponerse de pie para no sentirse empequeñecida, aun así, apenas llegaba a su hombro.

—¿Quién diablos eres? —inquirió Michael y se llevó las manos a la cadera—. ¿Por qué eres tan extraña? ¿Te has escapado de tu casa? ¿Eres una especie de vagabunda o algo por el estilo? Aunque... no lo pareces. —Se inclinó para oler su cabello y Reby sintió la punta suave de su nariz sobre la coronilla—. Hueles bastante bien.

Ella, desafiante, le sostuvo la mirada y alzó la barbilla altiva. El vaho de sus respiraciones se mezclaba entre sí, estaban tan cerca que ella podía sentir el calor que emanaba el cuerpo de Michael.

Cuando él habló, lo hizo en un susurro ronco:

—¿Qué hace una princesita Gellar, como tú, en una situación como esta?

Reby abrió los ojos de par en par y se vio obligada a titubear.

—¿Qué? ¿Cómo sabes que...? —pronunció, confundida.

—El emblema en tu pulsera. Ahora, princesa —empezó a hablar con severidad—, no seas tonta. Te estás exponiendo a la neumonía, a los ladrones, a los pervertidos sexuales, a la lluvia y, por si fuera poco, a una bestia. Se nos escapó una pantera y no tenemos ni puta idea de dónde puede estar. De hecho, podría estar acechándonos desde los árboles en este mismo momento y no habría nadie para salvarte.

Michael se sintió satisfecho al ver una expresión horrorizada en el rostro de Reby.

—¿La lluvia, dices? ¿Lloverá?





Él la miró desconcertado, como si no hubiera escuchado la parte más terrorífica de su discurso: la pantera.

—¿Es en serio? Te estoy advirtiendo de todos los mortales peligros de este lugar... ¿Y tú te preocupas por la lluvia?

Ella lucía tan asustada que Michael decidió que ya no la juzgaría más. Soltó un suspiro cansado y volvió a pasarse una mano por el cabello, alborotándose.

—Como sea, no te voy a dejar aquí —dijo al tiempo que tomaba las cosas de Reby y las llevaba a la moto.

Para su sorpresa, ella no se opuso.

Michael sacó una cadena de un pequeño compartimento y se dispuso a sujetar la maleta y el estuche en el asiento trasero.

—Créeme, mañana en la mañana me agradecerás que tu cuerpo no haya aparecido golpeado, violado o descuartizado en una nota roja del Times.

—O mojado...

Michael la observó por encima del hombro. Estaba a punto de decirle algo rudo, pero la vio que se abrazaba a sí misma con fuerza, temblaba casi al borde de una convulsión.

—Maldición —masculló y se quitó la chaqueta. Se la puso a Reby sobre los hombros.

—Estoy bien.

—Estoy bien, mi trasero cuando está sucio. Puedo oír cómo te castañean los dientes.

Él la ayudó a meter los brazos en las mangas, ella estaba demasiado tesa por el frío como para moverse, y, después, le subió el cierre hasta el cuello, pero ella era tan pequeña que las solapas le taparon hasta la boca. Por último, le frotó los brazos con las manos para que entrara en calor. Reby sabía que no era necesario porque podía percibir el calor que desprendía el forro interior. Se sentía tan agradable, casi como estar acostada en una alfombra felpuda junto a la chimenea.

Suave, caliente, olía muy bien, un perfume de hombre exquisito.





Cuando conoció a Michael, olía a diarrea de elefante. Aquel aroma era un contraste demasiado abrupto. Un delicioso y abrupto contraste.

Él terminó de amarrar sus penosas pertenencias y se estiró. Se había quedado con una camisa de mangas largas que parecía de algodón y se veía demasiado liviana. Podía observar que los músculos de la espalda se le marcaban con cada movimiento que hacía. No parecía tener frío en absoluto.

—Listo, las damas primero.

La ayudó a subirse ya que la moto era demasiado grande para ella. Cuando se subió él, ella notó que el espacio en el asiento se había reducido mucho por las maletas. Ella se vio obligada a pegarse por completo contra la espalda de Michael. Sus piernas habían quedado abiertas en torno a unos muslos masculinos y sus pechos se aplastaron contra una dura y torneada espalda. No sabía dónde poner las manos, por lo que decidió, nerviosa, que las pondría en un lugar seguro: los bordes del asiento. No obstante, él se las arrancó de ahí y las puso en torno a su cintura.

—No seas ridícula. Si las dejas ahí, vas a morir, princesa.

—Demonios, ya deja de llamarme así. —Reby agradeció para sus adentros que él no pudiera notar su sonrojo.

Michael hizo rugir el motor un par de veces y arrancó en dirección a la salida del parque.

Las personas salían de sus trabajos a esa hora, de modo que el tráfico era denso; sin embargo, conducir una motocicleta tenía sus ventajas y él las conocía muy bien. Esquivaba los automóviles con facilidad, conducía rápido y con movimientos precisos y bien calculados. A Reby le sudaban las manos y podía sentir que los abdominales de Michael se hinchaban con cada maniobra, además, tenía la piel caliente y la notaba a través de la tela de su camisa.

—Dame la dirección —habló por encima del ruido de los demás motores, cuando se detuvieron en un alto.

—¿Qué?



—La dirección. ¿A dónde te llevo? Rápido, tenemos que doblar y, si no me dices, me veré obligado a dar un rodeo enorme.

«¡Oh, no!».

Su mente estaba oscurecida, no recordaba ninguna persona que fuera capaz de recibirla en Londres. Quizá porque, en realidad, no tenía a nadie que la recibiera y no podía regresar por ningún motivo a la casa Allan.

Por un diminuto momento, surgió una luz en su mente. Tenía la dirección de su primo Sebastian, pero tampoco podía contar con él en ese momento. No. No debía.

El semáforo se puso verde.

—¡Reby! —insistió, con brusquedad.

—¡No puedo ir con nadie! —gritó.

Michael avanzó y dobló en la esquina a una velocidad peligrosa. Ella dio un vistazo por el espejo retrovisor y, como tenía el casco encima, no pudo verle la cara. Sintió que él tenía una expresión furiosa en el rostro, lo sabía por la tensión de sus músculos bajo el tacto de sus manos.

Ella sintió una aguja en su corazón cuando vio que Michael tomaba un retorno en dirección al Regent's Park.

—¿Vas a regresarme al parque? —preguntó Reby y no pudo ocultar el temblor de su voz.

—No. —Su voz sonó amortiguada por el casco—. Te vas a quedar conmigo.



